

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimientismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 19
Enero 2020

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

EN ESTE NÚMERO

- Argentina: La diversión electoral acude en ayuda de un capitalismo en bancarrota económica.
- Chile: ¡Contra el aumento del precio del transporte! ¡Contra la carestía de la vida! La lucha de la clase proletaria indica el camino.
- Luchas de masas proletarias en Colombia ¡Por una orientación y organización de clase!
- Revuelta en Ecuador: Contra las exigencias de la burguesía nacional e internacional, la clase proletaria debe hacerse oír
- Frente al sabotaje de las direcciones sindicales ¡Librar la lucha sobre una base de clase!
- También en Irak, miles de jóvenes han estado protestando en las calles y plazas durante más de un mes contra el desempleo, el coste de la vida...
- Gota fría en el Levante: Los ríos y las ramblas se desbordan pero es el capitalismo el que anega la vida.
- Otra vez un trabajador muerto en la Factoría de Lingotes Especiales.

Coop 25: cambio climático y catástrofe capitalista.

Durante la primera quincena del mes de diciembre se celebró en España la vigésimo quinta reunión de los participantes en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático (Coop 25). Como es sabido, esta reunión estaba programada para celebrarse en Chile, pero el clima de tensión social, con movilizaciones masivas en la calle, la policía y el ejército patrullando las ciudades más importantes del país, el toque de queda, las decenas de muertos... aconsejaron a las empresas y los estados participantes trasladar el evento a un lugar más tranquilo. De esta manera Madrid fue elegida como sede sustituta y se puso en marcha un auténtico circo en el que el gobierno local, el autonómico y el nacional, de la mano de las decenas de empresas patrocinadoras, invirtieron decenas de millones de euros para garantizar un acontecimiento a la altura de los ilustres visitantes que se dejaron caer por la capital.

Más allá del show organizado en el recinto ferial de Madrid, en el que

(sigue en pág. 6)

Detrás de la inestabilidad parlamentaria está la crisis política de la burguesía española

Detrás de la crisis política se encuentra la crisis social del sistema capitalista

Las crisis del gobierno y del parlamento.

Al comenzar 2020, España llevará tres meses de gobierno interino después de las elecciones de noviembre, a los que se suman los tres que sucedieron a las anteriores elecciones y el año de gobierno socialista que vino tras la moción de censura contra el gobierno popular. No es necesario recordar que este gobierno salió también de unas elecciones repetidas por la incapacidad para imponer una mayoría de cualquiera de las coaliciones de partidos parlamentarios. Resulta evidente que la inestabilidad, la dificultad para formar un gobierno que perdure, es la tónica de los últimos años en España. Un parlamento fragmentado hasta niveles impensables hace unos años, la aparición —y práctica desaparición— de los partidos «del cambio», incluso la irrupción en el Congreso del regionalismo turense... hace ver que existe un problema para gobernar España, que el diseño institucional que salió de la Transición hace aguas y ya no sirve para afrontar las necesidades que la

propia burguesía que realizó este diseño a la muerte de Franco tiene a la hora de gestionar los asuntos internos del país.

En la inestabilidad parlamentaria de los últimos años pueden reconocerse tres fases. La primera estuvo marcada por el momento de mayor intensidad de la crisis económica en España. Entonces los escándalos de corrupción que aparecieron como setas en otoño hicieron las veces de baño de credibilidad para el sistema parlamentario: los partidos políticos que se encargaron de gestionar los asuntos políticos durante los momentos más duros de la crisis, especialmente el Partido Popular, fueron objeto de un ataque deliberado por el lado de la honradez y la credibilidad. Los medios de comunicación publicaban, día sí y día también, asuntos relacionados con sobresueldos, evasiones fiscales, pagos bajo cuerda, etc. Asuntos que llevaban existiendo y siendo visibles décadas, pero que aparecieron públicamente en el momento exacto para que buena parte de la rabia social que la crisis económica engendraba se dirigiese contra

(sigue en pág. 2)

Atacan con una granada del ejército español el centro de acogida para menores de Hortaleza (Madrid)

El pasado 4 de diciembre, la prensa dio la noticia de que los Técnicos Especialistas en Desactivación de Explosivos, TEDAX, habían neutralizado una granada colocada en el patio del centro *Residencia de Primera Acogida* para menores del barrio madrileño. Siempre según la prensa, el explosivo era una granada de entrenamiento del tipo utilizado en el Ejército convenientemente manipulada para aumentar el efecto de la explosión, dado que estas armas de entrenamiento por lo gene-

ral llevan poca o ninguna carga explosiva. Ésta o bien se lanzó o bien se colocó dentro del centro de acogida, donde residen niños de edades comprendidas entre los cinco y los diecisiete años, muchos de ellos inmigrantes que han cruzado solos el Estrecho de Gibraltar y que tienen a sus familias todavía en África.

Como añadido al caso, si bien en todos los medios de comunicación se ha presentado como hechos sin rela-

(sigue en pág. 5)

Detrás de la crisis política... (viene de la pág. 1)

la «casta» política. El argumento fue sencillo de recoger para las fuerzas políticas emergentes: si la sanidad pública no tenía fondos, se debía al robo por parte de los corruptos; si la educación pública sufría recortes, se debía a que el dinero que debía destinarse a esta desaparecía por medio de la corrupción. Y en el lado de la derecha, con la aparición de Ciudadanos, el mismo discurso pero con el *leitmotiv* de la competitividad económica y la eficiencia en la administración. Con esta coartada ideológica, un oportunismo de nuevo cuño logró aglutinar el voto de buena parte de las clases medias urbanas y romper la barrera que el sistema electoral español ha impuesto tradicionalmente a las fuerzas políticas no regionales que se salían del marco bipartidista. La aparición de Podemos y, posteriormente, de Ciudadanos recogió este malestar enfocado hacia la corrupción y la mala gestión y resumió en ambas consignas las necesidades del país. En lo que respecta a la clase proletaria, que tímidamente se manifestaba detrás de las clases pequeño burguesas y por exigencias que no le eran propias, vio la propia naturaleza de su malestar (el paro, los despidos, los bajos salarios, etc.) subsumida bajo una avalancha de consignas ultra democráticas que vincularon su suerte a la de un Parlamento de izquierdas. *Asaltar los cielos*, llegó a decir el líder de Podemos... mediante el voto. Y el voto, solamente para echar a los corruptos. Los Ayuntamientos del cambio, tanto en Madrid, Barcelona o Cádiz, fueron el primer resultado de esta política encaminada a restituir la confianza en las instituciones burguesas que podría haberse debilitado: allí donde la concentración proletaria era grande, fue la propia burguesía, por vía de los partidos políticos tradicionales, la que cedió los consistorios a Podemos y sus satélites, muy segura de que las consecuencias de esta decisión no le perjudicarían. En la contienda por el Parlamento nacional, estos partidos estuvieron muy lejos de constituirse en una fuerza capaz de desbancar a los representantes de la «vieja política», quedando claro que su papel sería únicamente el de una muleta sobre la que el bipartidismo tradicional debería sustentarse a la espera de recuperar su fuerza de antaño. Desde ese momento estuvo claro que la fuerza de estas corrientes, con Podemos a la cabeza, tarde o temprano se vería mermada: no pudiendo alcanzar ninguna fuerza decisiva en el Parlamento, no tardaría en pivotar sobre la órbita del Partido Socialista y, con ello, perder el ascendente que había podido ganar, precisamente por oponerse a este en un primer momento, entre determinados sectores de la clase obrera y la pequeña burguesía más golpeada por la crisis. El gobier-

no del Partido Popular después de las elecciones de 2015 y 2016 no supuso el fin de la inestabilidad, sino su verdadero comienzo. El experimento de la nueva política ha sido, a fin de cuentas, una solución transitoria marcada por su incapacidad por plantear una solución general a la crisis social española, como en los últimos años de la Transición sí la planteó el Partido Socialista. Por lo tanto, no pudo sino incrementar esa inestabilidad.

La segunda, que se corresponde con el segundo gobierno de Mariano Rajoy, estuvo marcada por una ligera recuperación económica, que se manifestó en un retorno a tímidas tasas de beneficio positivas para las grandes empresas y una reactivación de la actividad económica en niveles más bajos de la producción gracias a la recuperación del crédito que siguió a las medidas monetarias de los grandes Bancos Centrales. Como es bien visible, esta recuperación económica no ha llegado a la clase proletaria, que subsiste con unos niveles de paro y subempleo altísimos, que ha sufrido la reducción drástica de los salarios en todos los sectores productivos y que, en fin, ha visto a una buena parte de ella misma emigrar o retornar a sus países de origen, pero la tensión social pudo darse por controlada una vez que la paz social se consolidase por la vía parlamentaria.

Pero lo que a ese gobierno le fue imposible de controlar fue la crisis política que afectaba al sistema institucional como reflejo de la división y el enfrentamiento que reinaba entre la misma burguesía. El «gran pacto constitucional» de 1978, basado en el reconocimiento de la fuerza de las burguesías catalana y vascas vía integración en el estado autonómico, ha sufrido fortísimas convulsiones una vez que la crisis económica ha lanzado a la burguesía y pequeña burguesía catalana contra la burguesía española bajo su clásica bandera, en la cual no hay inscritas consignas revolucionarias, ni tan siquiera independentistas, sino exigencias de más inversión central y autonomía fiscal. El fracaso del Estatut de 2006, la incapacidad de llegar a un pacto fiscal durante el primer gobierno de Rajoy y, por supuesto, la dureza de la crisis económica, que ha tenido en la economía catalana a su víctima principal, ha forzado una escalada de tensión entre Generalitat y Gobierno central. Ante esta se estrellaron los intentos conciliadores del PP enviando a su vicepresidenta para encargarse de los «asuntos catalanes», la dureza del frente unido PP-PSOE durante la aplicación del artículo 155 que suspendió algunos aspectos de la autonomía catalana, la arrogancia de Ciudadanos queriendo ganar el gobierno de la Generalitat y hundiéndose con su derrota. Con la crisis económica, política y social, los viejos e irresueltos problemas que arrastra España desde su propia constitución

nacional, han revivido con gran fuerza, haciendo encallar incluso el sistema político que más tiempo ha permanecido estable. Como se ha dicho, de los dos principales «partidos del cambio», uno de ellos, Ciudadanos, se ha desinflado ante su incapacidad para hacerse cargo del problema catalán. Otro, Podemos, ha intentado escurrir el bulto, incapaz de dar una respuesta que no sirviese lealmente a los intereses de su amo (un amo español y no catalán, se entiende) y, de hecho, ahora se presta a pactar con el PSOE que respaldó la intervención de la autonomía catalana por parte del Estado central. La «nueva política», por el lado de la derecha, ha tenido que dejar paso a los viejos ultras de Vox y, por el lado de la izquierda, a la conquista de la ciudad de Barcelona por parte de Esquerra Republicana.

Si la primera fase de la crisis política estuvo marcada por la ausencia de gobierno durante más de seis meses, esta lo estuvo por la incapacidad del Parlamento, durante casi tres años, de ejercer sus funciones. Una mayoría parlamentaria contraria al Partido Popular, le dejó gobernar a su antojo, mostrando la inanidad del Congreso más allá de una función ornamental: el sistema democrático en las sociedades burguesas súper desarrolladas es capaz de prescindir incluso de su mismo contenido, manteniendo únicamente la ilusión de la participación en las instituciones. Finalmente, la caída del gobierno de Rajoy después de que el Partido Popular fuese condenado por corrupción, tuvo más que ver con una claudicación del propio Partido Popular que con una revigorización parlamentaria. Con ella se abrió la tercera (y presente) fase de la crisis política española, de la que no se puede asegurar ni cuánto durará ni si será la última: la coalición definitiva de Podemos con el PSOE tras un pacto que se queda muy por debajo de las exigencias que la formación de Pablo Iglesias le impuso a la de Pedro Sánchez hace cuatro años; la práctica desaparición de Ciudadanos una vez que se ha demostrado incapaz de ser el partido mayoritario en Cataluña y su caída ante una fuerza ultra reaccionaria como es VOX; la derrota de los Ayuntamientos del cambio en la última convocatoria electoral municipal, a excepción del partido de Ada Colau que fue la baza españolista para evitar que Esquerra Republicana (ganadora de las elecciones en Barcelona) controlase el Ayuntamiento de la segunda ciudad española. La crisis parlamentaria, y por lo tanto la crisis política, entra de una fase en otra, de un bucle en otro, sin solución de continuidad: ninguno de los grandes partidos tradicionales puede plantearse ya como una opción gubernamental en solitario, pero tampoco aliado con las nuevas corrientes que han aparecido en los últimos años; los partidos de tipo nacionalista cobran una fuerza importantísima, siendo relevante in-

cluso el voto de EH Bildu, el heredero de Herri Batasuna, que ahora se apresta a apoyar al gobierno del mismo PSOE que organizó los GAL; el Parlamento se ha terminado por convertir en la sede de la representación folklórica del país, con una miríada de partidos regionalistas en él que evidencian la pérdida de poder de PP y PSOE en casi todas las regiones, donde las burguesías locales se vuelven hacia la exigencia de sus intereses más locales y más chovinistas aún a costa de volver ingobernable el país. Ahora le toca al PSOE mendigar un gobierno, como ayer le correspondió esta tarea al PP y la inestabilidad del resultado se hará manifiesta a los pocos meses del gobierno, como ha pasado en los años anteriores.

La crisis social.

El dato más importante que debe extraerse del resumen que acabamos de estructurar es, realmente, la ausencia de una clase proletaria dispuesta a la lucha que se hubiese fortalecido aprovechando precisamente la debilidad que ha manifestado la burguesía a través de su incapacidad para organizar los asuntos parlamentarios del país.

Mientras que la clase burguesa ha padecido (y padece) una crisis política derivada de una mucho más importante crisis económica, la clase proletaria sufre una crisis política y organizativa de dimensiones mucho mayores que la crisis económica, incluso teniendo en cuenta que ella es la principal perdedora de esta. Para la clase burguesa las crisis cíclicas del capitalismo significan un incremento de la competencia entre las diferentes facciones que la conforman, un enfrentamiento cada vez mayor entre los diferentes estados imperialistas, el acercamiento de la guerra, en cualquiera de sus formas, en el horizonte, etc. Pero la intensidad de estas crisis nunca se transmite automáticamente a la crisis política. Nunca se pone en cuestión, sin más su supremacía política, su gobierno absoluto sobre la sociedad y su predominancia social sobre la clase proletaria de la cual extrae la riqueza que le permite gobernar. Mientras, para la clase proletaria las crisis económicas tienen como efecto el recrudescerse sus condiciones de existencia, hacer caer el nivel de vida a mínimos aún más bajos que los anteriores, desplazar a millones de personas en flujos migratorios que suponen la muerte para decenas de miles, etc. Pero, sobre todo, las crisis económicas que aparecen periódicamente en el modo de producción capitalista, tienen como consecuencia el agravamiento de la crisis política que padece la clase proletaria, colocándose en este aspecto el epicentro del terremoto que padece con ellas. Si para la burguesía el trasfondo de su crisis parlamentaria y política está en la crisis económica y en esta reside toda la fuerza que contribuye a modificar el pa-

norama institucional, para el proletariado la consecuencia de la crisis económica está en el endurecimiento de su crisis política y organizativa. En esta diferencia reside la verdadera fortaleza del mundo burgués: un mundo que se muestra cada vez más débil, que evidencia cada vez más su incapacidad de generar otra cosa que no sea destrucción, puede mantenerse en pie porque lo primero que destruye, todos los días, continuamente, es la capacidad de la clase proletaria para subvertirlo.

En el caso concreto de España, la crisis parlamentaria que hoy vemos fue precedida por una crisis social de primer orden cuando, en 2008, el estallido de la llamada burbuja inmobiliaria, la paralización del crédito bancario y la quiebra en pocos meses de decenas de miles de empresas, acabó con el despido e ingreso en el paro forzoso de dos o tres millones de proletarios. Sin entrar en los detalles del desarrollo de la crisis económica, la consecuencia fue que, en 2010, con la huelga general contra el gobierno de Zapatero, comenzaron una serie de movilizaciones de protesta que duraron hasta 2014 y que pasaron por hechos como el 15M para acabar con las sucesivas huelgas parciales y generales. Todas estas movilizaciones las podemos caracterizar con tres hechos:

El primero, un fortísimo predominio de las clases medias en todas sus formas, que llevaron la voz cantante en todo momento creando la idea de un «retorno de la política a la calle», una «democratización de la sociedad», etc. que suponían realmente la defensa de un nuevo pacto político entre «gobernantes y gobernados» para la regeneración democrática del régimen constitucional salido de la Transición. La aparición de los «partidos del cambio», Podemos, etc. supone la constatación de este dominio, la creación de una élite dentro de estas capas sociales intermedias y la liquidación de sus movilizaciones para dejar paso a la acción parlamentaria «renovada».

El segundo, una clase proletaria completamente controlada por el oportunismo sindical a la hora de luchar por sus intereses inmediatos. Mientras que las movilizaciones democráticas tipo el 15M, Rodea el Congreso, etc. estaban copadas por las fuerzas políticas pequeño burguesas que protagonizarían dicha aparición de los «partidos del cambio», aquellas en que la clase proletaria participaba masivamente (huelgas generales, huelgas sectoriales, eventos como el 1º de mayo) estaban completamente controladas por las organizaciones sindicales tradicionales y, a través de ellas, por las fuerzas políticas que, como el PSOE o Izquierda Unida, las dominan. Tan sólo en contadas ocasiones, como en la huelga salvaje de Metro, en la huelga de la limpieza viaria de Madrid, etc. la clase obrera fue capaz de romper mínimamente con las políticas del oportunismo sin-

dical e incluso con su fuerza de encuadre organizativo. Por lo demás, permaneció completamente presa de una acción desmovilizadora que le hizo perder todo el empuje espontáneo que en los primeros momentos de la crisis pudo tener. La consigna de desmovilización, que partió al unísono tanto de las organizaciones sindicales como de Podemos y sus satélites, dio con una clase proletaria completamente desmovilizada sobre el terreno de la lucha económica inmediata y, en general, los suficientemente desmoralizada como para que la alternativa parlamentaria que encabezaron los «partidos del cambio» pudiese aparecer como la única alternativa viable.

Finalmente, una ofensiva contra las condiciones de existencia de la clase proletaria que, a cargo del frente unido de la burguesía, ha dado como consecuencia un panorama terrible en todos los aspectos de la supervivencia cotidiana tales como el mundo laboral, la vivienda, la sanidad, etc. La realidad actual de una clase obrera cuya juventud sobrevive entre un 50% de paro y los trabajos súper precarizados es la consecuencia de los dos puntos anteriores: la clase obrera fue entregada atada de pies y manos, sometida a una legislación social cada vez más parecida a la preconstitucional, las organizaciones sindicales y las fuerzas del nuevo oportunismo político le han inculcado la certeza de que cualquier lucha es inservible y que únicamente es posible la resignación.

La fuerza de estos factores de conservación social, que han jugado y juegan el papel de desmovilizadores permanentes, se hace sentir sobre todos los aspectos de la vida cotidiana de la clase proletaria, pero se puede resumir en una única e inexorable tendencia que se ha confirmado a cada vuelta en los últimos años: mientras que la clase proletaria era espoleada una y otra vez a la lucha por la fuerza de los hechos, por el empobrecimiento drástico de sus condiciones de existencia, la burguesía se encontraba con unas dificultades cada vez mayor incluso para poner orden en su propia casa. Pero esta coincidencia en el tiempo de todos los elementos de la crisis social, no se ha saldado de manera favorable para los proletarios, que ni tan siquiera han sido capaces de conquistar posiciones firmes sobre en el campo de la lucha inmediata (no han sido capaces de mantener en el tiempo sus luchas, no han sido capaces de agregar a otros sectores proletarios cuando uno se ponía en marcha, no han logrado consolidar organizaciones propias más allá de intentos poco duraderos, etc.). Es más, cada una de los giros de la manifestación política de la crisis burguesa se ha cerrado con un sometimiento de la clase proletaria cada vez mayor a la política de colaboración entre clases y, por lo

(sigue en pág. 4)

Detrás de la crisis política...

(viene de la pág. 3)

tanto, a la cesión de sus intereses inmediatos y generales ante las exigencias burguesas.

Si las sucesivas crisis gubernamentales han forzado a la burguesía a prescindir de la estabilidad gubernamental e incluso de las funciones parlamentarias, esto mostraba la debilidad temporal por la que pasó (y aún pasa) la clase dominante. Pero estas crisis, que como decíamos han tenido un peso social mucho mayor que el de un simple cambio ministerial, se han saldado sistemáticamente con una reforzamiento del principio democrático, de la colaboración entre clases y de la confianza del proletariado en que será la propia burguesía, moderada por sus partidos de izquierdas la que le sacará del pozo en el que está hundido. En un primero momento, la aparición de Podemos y sus corrientes hermanas, se saldó con una confianza en el método electoral para aupar al gobierno a un partido (y a unos personajes) que liquidaran las medidas anti sociales de la crisis económica. Frustrada esta esperanza, la confianza en el método electoral persistió pero dirigida, ya en general, a todos los partidos de izquierdas, especialmente el socialista, que a comienzos de la crisis capitaneó las primeras medidas anti obreras. Cuando tanto Podemos como Izquierda Unida y el resto de variantes locales se prestaron a un pacto con el PSOE sin que quedaba muy por debajo de los mínimos que habían exigido en sus propios congresos, la consigna general ya no fue ni siquiera la defensa de la lucha electoral, sino la confianza pura y dura en el Parlamento, con sus sucios juegos de politiquero y cretinismo, como único órgano que podía resolver la situación social del país. Cuando llegó el gobierno «interino» del PSOE después de la moción de censura, la cual apoyaron todos los partidos de la banda izquierda del Parlamento, y se mostró que ni tan siquiera se iban a tomar pequeñas medidas, aunque fuesen sólo de cara a la

galería, en beneficio de la clase obrera, el camino estaba terminado: la clase proletaria, completamente imbuida del espíritu democrático de colaboración entre clases, se encuentra en una situación peor aún de la que tenía cuando comenzó la crisis económica. Sus condiciones de existencia se han agravado, por supuesto, pero además su capacidad de reacción parece completamente inutilizada. Su crisis política, que consiste precisamente en el predominio en su seno de la confianza en el Estado burgués y en la colaboración con la burguesía como única vida social posible, se ha agravado.

Los comunistas y la crisis social.

Desde el punto de vista del marxismo revolucionario, la crisis económica, política y social enseña que la burguesía no tiene margen de maniobra. Los enfrentamientos entre sus diferentes capas, entre diferentes potencias imperialistas, entre diferentes facciones que cohabitan en su seno, la empujan a extraer hasta la última gota de plusvalía, verdadera fuente del beneficio económico, de la clase proletaria. Pero también a imponer a esta medidas cada vez más represivas, a limitar sus movimientos, a condicionar las «libertades civiles» que en un tiempo consintió. Para satisfacer esa necesidad, necesita contar, como siempre, con las corrientes oportunistas que trabajan dentro de la clase obrera precisamente para orientarla hacia la resignación y la claudicación. Pero ya no puede, como en un tiempo, compensar esta política con una serie de medidas «sociales» que, mejorando el nivel de vida de determinados estratos proletarios, refuercen a su vez a las corrientes oportunistas como gestoras del excedente social a repartir entre la clase obrera. Hoy el oportunismo, tanto político como sindical, tiene una política general de pura exigencia: en nombre de la unidad nacional, de la defensa de la economía del país, etc. llama a la desmovilización proletaria a través de la defensa de la democracia como única vía de lucha. Pero a cambio ni promete, ni mucho menos da, nada. Cuando enarbola la defensa de la empresa, ni siquiera es capaz de prometer a cambio el mantenimiento de los puestos de trabajo, que simplemente aspira a «negociar» como en el reciente caso del cierre de Acerinox. Cuando llama a vaciar las calles en favor del Parlamento, ni siquiera esconde la inutilidad del mismo, sacrificando sin dudar la confianza que depositan los obreros en este a través del voto y convocando una y otra vez elecciones. Incluso en sus aspectos más superficiales, como son el arribismo, el «carrerismo», etc. este oportunismo de nuevo corte no disimula su naturaleza fraudulenta ante los proletarios y justifica el enriquecimiento de sus líderes como «una opción personal».

El que esto sea así, muestra para los marxistas, la profundidad de la crisis proletaria: cada acontecimiento de la crisis económica y social del capitalismo parece que tiende a reforzar y no a debilitar las fuerzas de la clase dominante burguesa, hundiendo al proletariado no sólo en una miseria cada vez mayor y más generalizada, sino también en un tipo de vida cada vez más despreciable, por inhumana e impregnada de individualismo. Es un hecho, la naturaleza del capitalismo y de la sociedad burguesa no ve atenuados sus aspectos más estridentes, sino que estos se exacerbaban exponencialmente. La clase burguesa dedica una parte cada vez mayor de sus recursos y sus energías las campañas de propaganda e ideologización sobre los proletarios, cada vez presiona con más intensidad sobre cualquier aspecto de la vida de estos con el fin de controlar hasta su último resquicio. Es ella misma quien aumenta la presión social, aunque sólo en el sentido anti proletario de la misma.

Es por esto que cualquier expectativa ya no de un retorno a formas más humanas de capitalismo, formas en que se garantizase al menos que la clase proletaria de los países desarrollados estaría exenta de padecer la miseria, sino incluso a un estado en el que la clase proletaria pueda desarrollar un lento camino de organización, conquista de mejoras, etc. está vedada por la fuerza de los hechos. Las próximas décadas verán cómo, a la vez que se profundiza en las contradicciones sociales que afectan a la esfera de la rivalidad interburguesa, la presión de cualquier tipo que la burguesía ejerce sobre el proletariado se volverá asfixiante, impidiendo cualquier tipo de reacción de este que pretenda darse en términos legales, civilizados, etc. A la clase proletaria le espera la dura prueba de una vida cada vez más difícil de vivir que dará lugar a fortísimos estallidos sociales. Estos serán caóticos y desordenados, estarán desenfocados, ascenderán y descenderán con la misma velocidad... pero serán el verdadero vector que minará la fortaleza tras la que se ha parapetado la burguesía. Estos estallidos permitirán -; aunque no garantizarán!- debilitar la política, generalizada desde hace casi un siglo, de la colaboración entre clases, liquidando buena parte de sus mitos y anulando los resortes sociales que la permitan. Por lo tanto, estos estallidos, cuyos prolegómenos podemos ver en las convulsiones que, desde hace décadas, golpean cada vez con más frecuencia a la periferia capitalista, pondrán la base para que el proletariado pueda comportarse, una vez más, como una clase con fuerza propia, que sigue sus propios objetivos y que los defiende con la energía propia de un cuerpo social del que emana toda la riqueza existente. Es este torbellino social el que los comunistas no sólo prevemos, sino también esperamos.

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado

Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Traficantes de Sueños

C/ Embajadores, 35
28012 - Madrid

La Rosa del Foc

C/ Joaquim Costa 34 bj
28001 - Barcelona

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

Atacan con una granada ...

(viene de la pág. 1)

ción, el día 5 de este mismo mes la Guardia Civil detuvo en Miranda de Ebro (Burgos) a un militante de extrema derecha que poseía en su casa un arsenal paramilitar compuesto de varias granadas de mano, armas de fuego cortas y largas, bombas de tubo y bombas de hierro fundido. La propia Guardia Civil ha reconocido que, si bien el ultraderechista detenido no había utilizado estas armas, sí que pudo haberlas puesto en circulación para que otros lo hiciesen.

Dos hechos, el ataque al centro de acogida para menores y la incautación de un arsenal paramilitar relacionado con grupos de extrema derecha, que cuanto menos muestran que las soflamas racistas y xenófobas que se vierten cada vez más frecuentemente contra los trabajadores inmigrantes, contra sus hijos acogidos en centros institucionales, etc. no son ninguna broma. Hay que recordar que en el mismo barrio de Hortaleza, durante las semanas previas al atentado, varios grupos de extrema derecha se dedicaron a dar palizas a inmigrantes menores de edad, algunos de cortísima edad, y a subir los vídeos de estos ataques a las redes sociales para animar a repetirlos. Y, por supuesto, también hay que recordar que esta escalada de ataques que ha terminado con el lanzamiento de una granada al centro de menores, comenzó con las visitas por parte de Vox al barrio de Hortaleza para lanzar ataques racistas contra los inmigrantes del barrio, acusándoles de ser los culpables de la delincuencia del barrio y llamando a actuar (legalmente, por supuesto) contra ellos.

La realidad de los centros de acogida menores, como se ha podido ver estos días en todos los medios de comunicación, es terrible. En ellos, pese a lo que diga la propaganda de extrema derecha, se acoge tanto a menores inmigrantes como a menores españoles. Hay niños que apenas han dejado de ser bebés y que provienen de familias sin recursos y hay otros que han cruzado solos el Estrecho y a los que la Policía y la Guardia Civil no han podido expulsar (o asesinar, como hizo en la playa del Tarajal en 2014). En todos los casos, independientemente de su edad, nacionalidad y necesidades, los menores viven hacinados en un centro que no da abasto para acogerlos. Durmiendo en el suelo, sin responsables que se hagan cargo de ellos... básicamente estos centros de acogida menores son techos donde pasar mal que bien la noche, quedando el día para deambular, mendigar, etc. El Estado ni tan siquiera es capaz de garantizarles una educación mínima a quienes caen

en sus redes, no digamos ya una vida segura o un porvenir que valga la pena. En los centros de acogida se castiga la pobreza, se destruye la infancia de los chavales, se les aboca a un futuro (y a un presente) de marginalidad, delincuencia...

Esta situación viene siendo aprovechada por los grupos políticos de la extrema derecha desde hace muchos años. Poniendo en el foco los centros de acogida lanzan sus ataques contra la inmigración, señalando precisamente a la parte de esta más débil e indefensa, y exigiendo medidas punitivas basadas en la doble indefensión de los acogidos en tanto que inmigrantes y menores de edad. Atacando la delincuencia, buscan atacar a los inmigrantes principalmente, si bien meten en el mismo saco a los menores de nacionalidad españoles culpables también del delito de ser pobres. Para estos grupos, esta agitación es una buena excusa para poner el pie en barrios proletarios, donde se suelen encontrar los centros de acogida y donde habitualmente ni tienen presencia ni pueden ni entrar. Es el caso de Hortaleza, un distrito mayoritariamente obrero, con una larga tradición de lucha a sus espaldas hoy desgraciadamente olvidada, pero que tiene también una parte de renta elevada, donde vive parte de la burguesía madrileña, y de donde salen estos grupos de extrema derecha. La lucha de clases tienen una expresión territorial evidente en casos como este, que es básicamente un experimento de agitación social anti proletaria en el que se toma a la parte más débil de la clase obrera, a los niños inmigrantes, para lanzar las consignas nacionalistas, racistas y xenófobas con las que se pretende encuadrar al conjunto de esta clase obrera en la política de colaboración entre clases y de unidad nacional.

Hasta hace poco, los grupos de extrema derecha que utilizaban esta estrategia de agitación han tenido un predicamento ciertamente escaso. Estaban capitaneados por corrientes extra parlamentarias como los Hogares Sociales de Madrid, Valencia o Granada y repetían el mismo patrón en cada ocasión: tomaban como base enclaves de alto nivel adquisitivo en barrios o distritos proletarios e intentaban, desde allí, extender su radio de acción y propaganda hacia las zonas más pobres con el discurso nacionalista, anti delincuencia y anti inmigración como ariete.

Por lo general, pese al apoyo mediático que las grandes corporaciones de la información como Atresmedia (propietaria de *La Sexta*) y al apoyo logístico que la policía dana estos grupos, su éxito ha sido escaso y los intentos de instalarse en barrios obreros como Tetuán, Carabanchel o la propia Hortaleza han quedado en nada.

Sin duda la crisis económica de los últimos diez años ha espoleado la acción de estos grupos. No tanto porque, según pretenden los voceros de la burguesía, como consecuencia de esta crisis se haya producido algún tipo de reacción «racista-popular» contra la inmigración, sino porque precisamente estos voceros se han encargado de alentar las acciones de grupos de extrema derecha de la órbita parapolicial con el fin de instigar la división racista y xenófoba entre los proletarios: la aparición de grupos «fantasma» de corte fascista en las calles ha sido posible porque desde las instituciones del Estado y los medios de comunicación se ha favorecido una campaña de visibilización y reagrupación de estos.

Pero ha sido la ruptura de la principal corriente de la derecha española, el Partido Popular y todas sus organizaciones afines, la que ha supuesto un empuje definitivo a esta campaña anti inmigración que ha tenido su penúltimo episodio en el ataque armado contra el centro de acogida. Desde la desaparición, durante la Transición, de Fuerza Nueva, última corriente de extrema derecha con representación parlamentaria, la casa común de todo el arco de la derecha fue el PP. Desde las corrientes ultramontanas, patriotas y nostálgicas del franquismo hasta los liberales constitucionalistas, todas las facciones de la derecha tuvieron cabida no sólo en el Partido Popular sino en sus sucesivos gobiernos. Los Gallardón, Mayor Oreja y Jorge Fernández Díaz pudieron compartir no sólo carnet sino también sillón en el Consejo de Ministros. Con la única excepción del Levante, donde una pequeña corriente de extrema derecha no encontró acomodo en la organización popular y llegó, por su cuenta, a obtener cierta representación institucional, no quedó lugar para corrientes como la que la Lega Norte o el Frente Nacional representan en Italia y Francia respectivamente. Con ello, también el discurso ultra nacionalista y anti inmigración quedó soterrado debido a la contención que las corrientes liberal y demócrata cristiana del partido exigían.

Por lo tanto, ha tenido que llegar el encallamiento político de la derecha en el arrecife catalán y, con ello, su disgregación en una corriente moderada y otra más radical para que las consignas anti inmigración, las manifestaciones más o menos organizadas en este sentido e incluso las acciones como el lanzamiento de la granada contra el centro de acogida, se desaten: el gran pacto nacional de la derecha se ha roto y la facción más extremista de esta (que no es precisamente minoritaria ni anecdótica) lanza sus con-

(sigue en pág. 9)

Coop 25: cambio climático y ... (viene de la pág. 1)

tuvieron cabida desde personajes como el pequeño Nicolás hasta los autoproclamados «diputados climáticos» del partido Más Madrid, el lado social de la cumbre estuvo protagonizado por la llegada a Madrid de Greta Thunberg, la jovencísima abanderada de la lucha juvenil contra el cambio climático y, a la vez o precisamente por ello, un icono mediático de primer orden. Thunberg acudió a la cita cruzando el Atlántico en un barco no contaminante y, después, utilizando un tren para llegar desde Lisboa a Madrid y fue recibida en la capital por las autoridades locales y por una inmensa manifestación, mayoritariamente de jóvenes en edad escolar, que rebasó en número de asistentes las previsiones de los convocantes.

Por el lado político institucional tanto como por el social contestatario, los quince días de la Coop en Madrid dieron para mostrar una amplia gama de posiciones respecto al cambio climático, evidenciando que este es un tema sobre el que básicamente todos están de acuerdo. Con todos queremos decir la prensa, la casta política, el mundo empresarial, esa difusa «sociedad civil», etc. los cuales están dispuestos a clamar contra el cambio climático y por la responsabilidad que le incumbe en el mismo a cada ciudadano, sobre cuyas espaldas pesa el ser un contribuyente, activo o pasivo pero siempre culpable, de la degradación progresiva del planeta. En la vertiente institucional, arropados por las empresas patrocinadoras que aprovecharon la ocasión para lanzar una fuerte campaña propagandística en la que se presentaron como adalides de la defensa de la naturaleza, el cambio climático y el problema de las relaciones del ser humano con la naturaleza en general ha sido presentado como se hace con una consigna propagandística, a medio camino entre el lavado de cara por una práctica económica que obviamente empeora el proceso de calentamiento global y una visión ilusoria del remedio a este a través de la cooperación. Por el lado «social», se ha pretendido dar una visión alternativa del problema, planteando que la misma responsabilidad colectiva que machaconamente han repetido estados y empresas durante quince días, podría tomarse como una tarea para el activismo medioambiental.

Para ambas vertientes, el cambio climático es una fantástica oportunidad para lanzar un único mensaje: el problema de la degradación medioambiental afecta a toda la especie humana y, por lo tanto, es toda ella la que debe responder... sin distinción de raza, sexo... ni clase social. Empresas como Endesa, gobiernos como el español o activistas sociales de todo tipo tienen un único objetivo. Unos quieren alcanzarlo precisamente mediante la actividad empresarial adornada

con «responsabilidad corporativa», otros mediante límites a estas empresas... pero siempre contando con ellas y con los diferentes estados a los que encomiendan regular su actividad. En pocas palabras, existe un acuerdo absoluto en hacer un llamado «a la población» para movilizarse con el fin de que se introduzcan las reformas políticas y económicas necesarias para frenar el cambio climático.

Capital y recursos limitados

Sobre el plano económico, al igual que sobre los planos político y social, el capitalismo apareció en el escenario de la historia como un «racionalizador». Frente al despilfarro de las clases altas feudales, frente a la ineficiencia de las relaciones de producción que caracterizaban a las formas sociales precapitalistas, el modo de producción capitalista apareció, al menos en la propaganda de sus grandes apologetas, como un sistema que permitía organizar tanto la actividad productiva como los recursos —naturales y humanos— necesarios para ella de la mejor manera posible. La libertad de empresa, de movimiento, de contratación, etc. evitaría que la industria productiva languidiese mientras que aquella improductiva, dedicada únicamente a cubrir las necesidades más superficiales de las clases dominantes feudales, veían satisfechas todas sus exigencias. De la boca de Adam Smith o David Ricardo, tanto como de la de Rosseau o Montesquieu la clase burguesa naciente hizo salir durísimas críticas contra unos sistemas (el feudal, el asiático o el natural) que se consideraban desorganizados e irracionales.

En efecto, si algo caracterizaba a los modos de producción precapitalistas era la falta de provecho que se extraía de los recursos disponibles, el despilfarro de los pocos que se ponían en juego y la incapacidad de alcanzar niveles de vida para la mayor parte de la población que rebasen el nivel de la subsistencia. Fenómenos característicos del mundo feudal, por ejemplo, fueron las crisis agrarias que extendían el hambre por toda Europa e Inglaterra o la concentración de grandes cantidades de riquezas de tipo suntuario en las manos de las clases dominantes mientras los metales que, como el oro, eran necesarios para el comercio escaseaban. Ante esto, la clase burguesa comercial de las ciudades y los propietarios agrarios del campo con intereses ya de tipo capitalistas, se presentaron ante el resto de clases sociales subalternas del mundo feudal como los defensores de la optimización de los recursos, a través de la cual los males endémicos de la sociedad estamental deberían desaparecer.

Resulta obvio, a más de trescientos años vista, que el triunfo de la burguesía sobre las clases dirigentes feudales y el desarrollo mundial del modo de producción capitalista no ha traído ni el equilibrio, ni el orden, ni la ra-

cionalización económica. Si en el mundo feudal grandes masas de población subsistían en economías agrarias de bajísimo rendimiento, si una gran parte de esta población permanecía forzosamente ociosa durante buena parte del año, afrontando el hambre y las enfermedades como un destino de la providencia, el mundo capitalista trajo consigo el fenómeno del desempleo proletario, de la creación de un *ejército de reserva industrial* de obreros en paro que hoy se ha extendido por todo el planeta. Mientras que la aparición de la industria a gran escala, el desarrollo técnico y científico, la movilización a escala primero nacional y luego mundial de la mano de obra, son efectivamente las bases para una utilización racional de los recursos necesarios para garantizar una existencia digna al conjunto de los seres humanos, el sistema de propiedad capitalista es un escollo insalvable que frustra esta posibilidad.

La burguesía, acabada hace a muchas décadas su fase revolucionaria, se enfrenta ahora al hecho de que tiene que afrontar una situación idéntica a la que afrontaron las clases dominantes feudales: los recursos necesarios para asegurar la existencia de la población se vuelven escasos mientras que la riqueza se acumula en la cúspide de la pirámide social hasta niveles similares a los que disfrutó la antigua nobleza. Y es que, efectivamente, los recursos tanto naturales como humanos, se despilfarran y se agotan: la mano de obra en desempleo crece diariamente, abarcando ya no sólo al clásico ejército de reserva industrial euroamericano, sino también a los inmigrantes de las regiones menos desarrolladas en términos capitalistas del mundo, que acuden a las grandes metrópolis centrales buscando simplemente no morir de hambre, ni ellos ni sus familias; los mismos recursos naturales, que hace apenas unas décadas parecían inacabables, se vuelven ahora, de golpe, finitos y se sitúa su punto crítico en las próximas décadas. Si los niveles de producción de las industrias pesada y ligera alcanzan cada año cotas récords, a la población, convertida mayoritariamente en proletarios, no se le puede garantizar ni siquiera un salario que le permita alcanzar siquiera el nivel de subsistencia, y los recursos naturales no son suficientes. Se invierte cada vez más, para obtener menos. Se sacrifica fuerza de trabajo y recursos naturales, para no obtener nada a cambio. El mundo, ahíto de riqueza capitalista, muere de hambre, sed y sin aire que respirar.

El cambio climático, que hoy está en boca de todos los políticos, periodistas, «activistas sociales», etc. es la confirmación de que el capitalismo únicamente puede garantizar que liquidará a la humanidad si no se acaba antes con él. No porque a sus mandos estén personas malvadas y ávidas de riqueza a las que le falten cualquier tipo de escrúpulos, sino porque su misma naturaleza le fuerza a ser un vector de destrucción. De la misma

manera que no puede vivir sin vampirizar la plusvalía que extrae de la mano de obra proletaria, no puede garantizar que la competencia entre empresas, necesitadas siempre de obtener un margen de beneficio que les permita mantenerse a flote por poco tiempo que sea, exija que los recursos naturales disponibles se sacrifiquen a este objetivo. Entiéndase bien, no se trata de que el capitalismo destruya mano de obra proletaria y recursos naturales por igual: la fuente de riqueza de la sociedad capitalista es el trabajo asalariado, sobre cuyas espaldas descansa la producción de mercancías, el beneficio y la ganancia empresarial. La naturaleza, el medio ambiente y los recursos naturales, son factores necesarios en la producción, que se consumen de manera voraz, pero de los que no se obtiene riqueza si no es porque la fuerza de trabajo proletaria los modifica transformándolos en mercancías y capitales. Ante el incremento de la competencia entre empresas, la reducción de la tasa de beneficio que estas obtienen, etc. su reacción es aumentar la explotación de la mano de obra en forma de incremento de la producción en relación al trabajo invertido en ella y, para ello, requieren un consumo de recursos naturales cada vez mayor ya sea en forma de materia prima, ya en forma de degradación del medio resultante de la intensificación del proceso productivo.

El cambio climático y el problema de la tierra.

Se destruye la mano de obra reduciendo, en general, su nivel de vida por debajo de los niveles de subsistencia tanto por la sobreexplotación de aquella que está empleada en el proceso productivo como por la infrautilización de aquella que queda al margen de este. Se destruye el medio ambiente por el abuso de los recursos naturales necesarios para el proceso productivo. Pero esta destrucción de los recursos naturales, tiene otro aspecto al que es necesario atender.

Mientras que la explotación de la mano de obra ha demostrado poder extenderse *casí* todo lo necesario para mantener los niveles de beneficio requeridos por la reproducción del capital, no porque se pueda explotar a masas de proletarios cada vez mayores (algo que tiene su límite en el hecho de que la población humana a la que proletarizar y explotar es necesariamente finita) sino porque los desarrollos técnicos y científicos han supuesto para el capital la capacidad de incrementar la productividad del trabajo cada vez más, los recursos naturales son susceptibles de ser incrementados mediante la aplicación de los conocimientos científicos que se poseen sólo dentro de un pequeño margen. Las selvas se agotan mucho antes que la fuerza de trabajo y con ellas el aire respirable. La atmósfera, entendida como un receptáculo de las emisiones de gases de efecto invernadero que genera la gran industria,

tiene una capacidad limitada. Y así un largo etcétera que implica que mientras que las grandes empresas capitalistas tienen interés en incrementar la explotación proletaria mediante la captación de una cantidad de fuerza de trabajo mayor mediante el desarrollo tecnológico, es decir, utilizando cada vez menos proletarios pero de manera más intensa, por otro lado necesitan apropiarse de la mayor cantidad de recursos naturales disponibles colocándolos bajo su propiedad. Explotación intensiva frente a apropiación extensiva. Simplificando hasta el extremo puede decirse que el trabajo, idealmente, podría explotarse con una intensidad tendiente a infinito mientras que los recursos naturales tendrían un límite bien claro.

Esto implica que el peso del trabajo en la producción capitalista se refleja en la producción de mercancías por dos vías: determinando tanto la cantidad del precio de estas que es necesaria para reinvertir en mano de obra proletaria garantizando su supervivencia y marcando el nivel de plusvalía (base del beneficio) extraíble de la producción. Por lo tanto, las empresas pueden competir entre sí incrementando la explotación de la mano de obra para reducir el precio de las mercancías producidas y darles salida en el mercado en detrimento de las mercancías producidas por sus competidores. Así, puede incluso incrementarse la plusvalía extraída mientras que descenden los precios.

Pero con los recursos naturales no sucede lo mismo: el consumo de estos necesario para la producción pasa al precio de la mercancía incrementándolo de manera inevitable. Puede optimizarse su uso, pero no incrementarse su rendimiento de manera exponencial como sucede con la fuerza de trabajo asalariada y por lo tanto, la utilización de estos recursos en la producción se traslada de manera prácticamente proporcional al precio. Si a esto le sumamos que los recursos naturales son finitos y no se conoce manera de incrementar el total existente, que por lo tanto y de acuerdo a una ley de la oferta y la demanda muy elemental a medida que estos recursos se agotan su precio sube, tenemos que la destrucción de estos recursos naturales por su sobreexplotación tiene un peso «anti económico», es decir, incrementa los precios finales de las mercancías y capitales, reduce el margen de beneficio de las industrias productivas, etc. Pero, para los poseedores de estos recursos, su destrucción es rentable: cuanto menos existan más valdrán los que aún lo hacen. La lucha, por lo tanto, se desarrolla por acaparar la propiedad de los recursos naturales. Las grandes empresas que los controlan a través de la acción de sus Estados, no ven disminuir sus beneficios. Es más, obtienen ventajas en la competición porque pueden evitar los incrementos del precio de los productos que se derivan de la escasez de las materias primas que son los recursos naturales. Si tenemos en cuenta que en el capitalismo imperialista los

grandes trust empresariales, el capital financiero, etc. han ensamblado las diferentes fases de la producción en grandes consorcios productores, vemos que el incremento del precio de las materias primas, es decir, la destrucción de los recursos naturales, implica una fuente extraordinaria de renta para precisamente para las empresas dedicadas a la producción que requieren estos recursos. Una cadena en, ininterrumpidamente, a la industria metalúrgica americana con la extracción de materias primas por todo el globo. A medida que el precio de estas aumenta, el control de las mismas por parte de la industria americana se convierte en una fuente de rentas extraordinaria para esta en tanto le permite competir en términos más ventajosos que sus rivales.

En el caso del cambio climático, para observar esta relación basta con invertir los términos. Aquí el recurso natural – materia prima es el propio medio ambiente, que soporta una cantidad de producción limitada en tanto esta lo destruye. La capacidad técnica para producir más que los rivales, implica capacidad para nutrirse del recurso limitado agotándolo. A esto se suma la capacidad de imponer leyes nacionales e internacionales que garanticen una cuota fija de este recurso, por ejemplo con los acuerdos de Kioto, en función de la potencia industrial de un país, es decir, de reservar para su industria nacional una parte lo más grande posible de los recursos naturales, en este caso la atmósfera. La capacidad de utilizar este recurso natural lo vuelve escaso y, por lo tanto, constituye una fuente de renta. Las leyes tendentes a reducir el nivel de emisiones de cada país, buscan evitar monopolios y la concentración de rentas en unas pocas manos, pero la fuerza de los hechos, el poder económico, político y militar de las principales potencias imperialistas garantizan que sean las grandes potencias imperialistas las que controlen este recurso. A media que la atmósfera, la capacidad de contaminarla, se vuelve más y más limitada, el beneficio resultante de poder hacerlo es mayor. El sentido anti económico inicial se ha revertido, hay un beneficio extraordinario resultante de monopolizar el recurso escaso (y el monopolio se incrementa con la escasez).

Este breve resumen, con el que no pretendemos agotar el tema, tiene como objetivo centrar el tema: el problema del cambio climático, como en general el de cualquier recurso natural limitado, debe explicarse, en términos económicos, desde la teoría de la renta de la tierra. No constituye ningún caso especial ni hay manera de distinguirlo de los términos generales en los que este problema se estudió tanto por David Ricardo como por Marx. Por lo tanto, no supone un problema económico extra capitalista, puede abordarse con las mismas normas de estudio que se utiliza para el conjunto del modo de producción mo-

(*sigue en pág. 8*)

Coop 25: cambio climático y ... (viene de la pág. 1)

dero y, por ello, lleva a las mismas consecuencias, tanto desde el punto de vista crítico como del de la acción social, que el análisis de cualquier otra variante del mismo. De hecho, todas las cuestiones accesorias que aparecen en torno al debate sobre el cambio climático y el calentamiento global, como lo son la del supuesto exceso de población, de la liquidación de las bases agrícolas de la humanidad, etc. ya no es que puedan remitirse al problema de la tierra en la visión marxista de manera general, sino que han sido tratados de manera explícita en muchas ocasiones por el mismo Marx, por ejemplo en su crítica a los postulados malthusianos.

Reformismo climático

La burguesía revolucionaria llevó en su programa la supresión del caos económico feudal y la liberación de las fuerzas productivas que debía suponer el fin de la esclavitud humana a los designios de la nobleza, la monarquía y la Iglesia. Su incapacidad para llevar estas tareas a cabo como consecuencia de la naturaleza del modo de producción capitalista sobre cuyo desarrollo sustentaba su propia existencia como clase, dio paso no sólo al movimiento de la clase proletaria que, desde sus inicios durante las mismas revoluciones burguesas del siglo XIX, realizó, en la teoría y en la práctica, la crítica a la economía política burguesa, sino también al surgimiento de determinadas corrientes políticas que constataban que la lucha entre clases derivada de la explotación económica y la opresión política se recrudecía con la extensión del capitalismo y que proponían mejoras a este capaces de limar sus excesos.

Estas corrientes, expresión del desasosiego de las clases medias que veían atacadas sus condiciones de existencia tradicionales por el desarrollo de la industria moderna, la concentración de la propiedad privada en unas pocas manos y el desarrollo de la clase proletaria, afirmaban que, sobre la base del mismo modo de producción capitalista, podía desarrollarse un conjunto de reformas que garantizase su desarrollo armonioso.

La base del programa político y económico de estas corrientes reformistas ha sido siempre la llamada a la colaboración entre las clases sociales: la burguesía debía ceder parte del poder conquistado, disfrutando siempre del predominio social sobre el resto de clases. El proletariado, por su parte, debía cumplir con su función social aspirando a cambio de las mejoras que gradualmente se le pudiesen otorgar. Esta posición buscaba evitar la catástrofe capitalista, las consecuencias del modo de producción basado en la apropiación privada de la riqueza social, que desde las guerras entre países hasta las hecatombes naturales

siempre han estado en el horizonte del mundo burgués.

Mientras que para la clase proletaria, tal y como afirma el marxismo desde 1.848, la catástrofe capitalista es la confirmación de la necesidad de la lucha de clase, la posibilidad de deshacerse de la clase burguesa e imponer su dictadura como vía para acabar con el modo de producción capitalista, para las corrientes reformistas que han logrado hacerse fuertes en su seno y dominarla políticamente, esta misma catástrofe puede y debe ser evitada mediante la colaboración entre clases. Sin entrar en una exposición pormenorizada de esta política de colaboración, que por otro lado realizamos continuamente en nuestra prensa de partido y en los trabajos históricos de nuestra corriente, basta recordar la posición que las corrientes reformistas y oportunistas han tomado históricamente, por ejemplo, ante la guerra imperialista en la cual veían no la consecuencia natural del enfrentamiento entre potencias rivales sino un exceso eliminable del capitalismo ante el cual, llegado el caso, la clase proletaria debía permanecer pasiva limitándose a apoyar a su burguesía y con ella a su país y a su economía nacional. El caos que engendra el modo de producción capitalista expresa la debilidad de la propia clase burguesa dominante, incapaz de gobernar sin recurrir a esfuerzos sobrehumanos las fuerzas productivas que se rebelan contra el marco jurídico nacional que las contiene. El marxismo, la ciencia que estudia las condiciones de emancipación del proletariado, siempre ha afirmado que es este caos, esta catástrofe inevitable, la que marcará la llamada a la guerra social y, precisamente contra esta doctrina, el reformismo siempre ha llamado a evitar la lucha en el momento en el que las condiciones sociales son más propicias para ella.

Es por ello que las corrientes reformistas actuales, frente a problemas como el cambio climático, enarbolan la misma bandera de la colaboración entre clases. Si el modo de producción capitalista, que no puede comportarse de otra manera que destruyendo los medios de vida naturales que permiten la vida humana en el planeta, va a padecer las consecuencias de su naturaleza anti humana, va a padecer el fin de los recursos naturales y con él el agravamiento de sus dificultades para mantener el ciclo de reproducción del capital en los términos que hemos expuesto más arriba, las corrientes reformistas que se auto definen ecologistas, ecosocialistas, etc. llaman a mantener un frente unido entre la clase proletaria que conforma la mayor parte de la población y la burguesía, sus empresas y sus estados para evitar el «mal común».

Se habla de las inmensos flujos de «refugiados climáticos» que deberán salir de las regiones del mundo más golpeadas por el calentamiento global y, en lugar de ver en ello la conformación de un ejército de deshereda-

dos que golpearán la paz social que existe en los grandes centros del capitalismo mundial... hablan de frenar la catástrofe humanitaria.

Se enfrentan a una dificultad creciente para que las empresas accedan a los recursos naturales que permiten la producción de mercancías y capitales, viendo mermada su tasa de beneficio y, en lugar de ver en ello las facilidades objetivas que puede suponer este hecho para la reanudación de la lucha de clase a gran escala, lanzan planes de inversión millonarios, como los que ha puesto la misma Alemania en marcha, para salvar la crisis inminente.

Programas de recuperación económica como el Green New Deal, que recuerda incluso en su nombre al gran flujo de inversión que la burguesía americana puso en marcha para salir de la crisis de 1.929 y que únicamente logró acelerar el paso a la IIª Guerra Mundial, tienen una única misión: hacer sostenible para la burguesía la explotación de la clase proletaria en los términos en los que existe ahora mismo. Ayudar a sortear el dique natural en el que se cree pueda encallar el modo de producción capitalista.

Pese a lo que afirma este reformismo moderno, pero que conserva la esencia de sus antecesores, la clase proletaria va a sufrir el peso de la degradación del medio natural sobre sus espaldas. La llamada «crisis ecológica» no se repartirá a partes iguales entre burgueses y proletarios. Serán estos últimos quienes padezcan la contaminación de la atmósfera, la falta de vida natural, las consecuencias del calentamiento del clima... con más intensidad, como corresponde a la clase subalterna de la sociedad. Los programas de mejora y reactivación del capitalismo ante esta llamada crisis, únicamente deben producirle terror: no sólo se le exige que padezca las consecuencias de la devastación medioambiental que provoca el capitalismo sino que también se le pide que se haga cargo de la reactivación económica con su fuerza de trabajo.

La incompatibilidad del capitalismo ya no con una existencia más o menos soportable, sino con la propia vida humana la padece la clase proletaria desde su aparición en la historia. Frente a ella ha levantado su programa revolucionario, su propia doctrina política y económica, el marxismo, y se ha sublevado en repetidas ocasiones. Ante las futuras pruebas que este sistema de muerte y destrucción que es el modo de producción capitalista, la clase proletaria deberá volver al terreno de la lucha de clase, reencontrarse con su tradición histórica de lucha anti burguesa, con los medios y métodos para llevar este a cabo. Sólo ella, la clase revolucionaria de la sociedad, tiene en sus manos la posibilidad de acabar con la nocividad de la vida en el mundo burgués, acabando con este mismo mundo.

Argentina: La diversión electoral acude en ayuda de un capitalismo en bancarrota económica

En Argentina, la crisis económica se ha agravado en el curso del último periodo: a un ritmo anual, el PIB (producto interno bruto) hace marcha atrás en un 6% en el primer trimestre (últimas cifras conocidas), al mismo ritmo que el trimestre precedente, y todo indica, comenzando por la baja de la producción industrial que se acentuó en junio y julio, que, en ese sentido, la situación se acentuó; todo esto a pesar de las medidas tomadas por el gobierno Macri (simbólicamente marcadas con la salida del ministro de la economía) la inflación continúa en ascenso, no obstante que las tasas de interés a corto plazo decididas por el Banco Central sean de un 75%, las más altas del mundo. Al contrario, la derrota gubernamental en las elecciones primarias provocaba un crac en la Bolsa (-38% el lunes 12 de agosto) y una caída de la moneda nacional, el peso (-19% con respecto al dólar); esto va a reactivar todavía más la inflación que ya alcanzó un 54,5% a ritmo anual. Para frenar la fuga de capitales que habían sido atraídos por la política liberal del gobierno, este último reinstalaba los controles de cambio que había suprimido al comienzo de su función. El año pasado, el FMI le hace un préstamo al gobierno Macri por

57 millardos de dólares (el más importante que el Fondo haya acordado nunca antes). Pero, en el mes de agosto, corto de dinero, se vio obligado a pedir al FMI una reestructuración de la deuda que ya no podía reembolsar: Argentina se encontraba virtualmente en suspensión de pagos. Desde el comienzo de su mandato en 2016, Macri ha llevado a cabo una política de austeridad, anti-social, además de multiplicar las medidas a favor de sectores de la clase dominante, tales como la supresión de las tasas a la exportación para favorecer el agro-budines (sector clave de la economía argentina que, por esta razón, había entrado en conflicto con el gobierno peronista de Cristina de Kirchner) y el sector financiero. La justificación de tales medidas era que las mismas iban a reactivar el crecimiento, el deterioro de las condiciones de vida y de trabajo de las amplias masas proletarias que estas provocaban era presentado como un precio provisorio a pagar. En realidad, se trataba simplemente de satisfacer a los capitalistas que no soportaban más las tasas del gobierno peronista pero, en lugar de crecimiento, es la crisis lo que ha llegado. Actualmente en la prensa inter-

nacional se pueden leer numerosos comentarios que acusan al FMI de no haber exigido medidas de austeridad más fuertes, con el fin de incrementar las ganancias y «sanear» las finanzas como contrapartida a su préstamo. Pero tanto la burguesía argentina, como los expertos del FMI, temen que medidas demasiado drásticas conlleven una explosión social que podría escapar a todo control. Todos recuerdan la crisis económica de 2001 que generó violentas revueltas provocando la muerte de más de treinta personas. Felizmente para la clase dominante, la diversión electoral ya ha sido proclamada con las elecciones generales de octubre. Según los resultados de las PASO (1), Macri al parecer cederá su puesto al candidato peronista Fernández. Para tener las manos libres, este último (que tiene como vicepresidente a la antigua presidente Cristina de Kirchner) mantiene la más grande vaguedad en torno a su programa: es claro que quien tome las riendas del poder, llevará a cabo una política anti-obrera y de una austeridad más aguda, pero que el capitalismo argentino requiere. Mientras tanto, el circo electoral habrá permitido durante varios meses a los partidos y sindicatos colaboracionis-

(*sigue en pág. 10*)

Atacan con una granada ...

(*viene de la pág. 5*)

signas y empieza su movilización abiertamente.

En ellas el proletariado, tanto inmigrante como autóctono, no debe ver un exabrupto de la extrema derecha o una salida de tono de los nuevos partidos ultras, sino una amenaza clara y llana contra él. La agitación xenófoba y racista acompaña a la burguesía en su lucha por desmovilizar, dividir y desmoralizar a los proletarios de todas las naciones, etnias, sexos y razas: la utiliza, a través de sus instrumentos políticos como Vox, Democracia Nacional, etc. para extender la competencia y la rivalidad en el seno de la clase obrera, infectando a esta con el virus de la colaboración entre clases, de la defensa de la patria y la economía nacional, de la lucha contra el extranjero.

Si ahora esta agitación xenófoba y racista toma la forma incluso de ataques armados contra los niños inmigrante significa que la intensidad de esta agitación va creciendo, en un intento por movilizar tras de ella a gru-

pos cada vez más compactos que buscan imponer el terror entre los proletarios como vía para desunirlos, empezando por el ataque físico a las capas más débiles de la clase obrera, matando si es necesario a algún niño para lograrlo.

Frente a estos ataques, la clase proletaria se encuentra sola. El oportunismo tipo Podemos, que en breve formará parte del gobierno, seguido por toda la pléyade de corrientes más o menos izquierdistas, pretenden que contra la campaña racista y xenófoba que sin duda arreciará en los próximos años, la clase proletaria debe confiar en las instituciones democráticas, en los Ayuntamientos, en el Parlamento, en la Policía, en las manifestaciones simbólicas y efectistas... Quieren desvincular el racismo de la clase burguesa de la necesaria respuesta de clase del proletariado. Pretenden que el problema se puede resolver simplemente mediante la confianza en los medios democráticos de lucha... ¡Precisamente los que han aupado a estas corrientes ultra derechistas a su posición actual! No hace muchos días, el pasado 6 de diciembre, durante la recepción anual

de la festividad de la Constitución, pudimos ver a Pablo Iglesias compadreado con el dirigente de Vox Espinosa de los Monteros y la líder de Ciudadanos Inés Arrimadas. Es decir, el supuesto representante de los proletarios en el Parlamento, siendo junto al promotor de los ataques contra los centros de acogida y junto a la creadora de Jusapol, corriente para fascista de la policía bien conocida en Cataluña.

Los menores inmigrantes son un espartaco con el que la extrema derecha hace agitación. Detrás de sus mensajes contra ellos viene toda una avalancha de ataques contra los proletarios que peores condiciones de vida soportan. Estos ataques arreciarán con un gobierno PSOE – Podemos que no sólo no los evitará (como no evitó el Ayuntamiento de Carmena el resurgir de los grupos neo nazis en Madrid) sino que hará todo lo posible para que los proletarios, especialmente los proletarios inmigrantes, permanezcan quietos, callados y desarmados frente a ellos.

Corresponde a la clase proletaria de cualquier país, raza y sexo el responder contra sus enemigos declarados, sin quitar el ojo, en ningún momento, de aquellos que permanecen ocultos pero que luchan también en su contra.

Argentina: La diversión electoral... (viene de la pág. 9)

tas de desviar a los proletarios del único medio que tiene para defenderse: la lucha abierta.

EL TROTSKISMO EN CAMPAÑA: NACIONALISMO Y REFORMISMO EN EL PROGRAMA

Cuatro partidos trotskistas argentinos decidieron lanzar un nuevo cártel electoral para los comicios de octubre de 2019. Está compuesto por el Frente de Izquierda y de los Trabajadores-Unidad (FIT-U), reagrupa a los partidos del antiguo FIT – Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS), Partido Obrero (PO), Izquierda Socialista (IS) – y el Movimiento Socialista de los Trabajadores (MST) El nuevo Frente publicó un programa que puede resumirse en dos palabras: nacionalismo y reformismo. El primer punto del programa, el que le da su carácter primordial, es la «ruptura con el FMI», acompañado del «No pago de la deuda. Dinero para los salarios, trabajo, salud, educación y vivienda, no para el Fondo Monetario». ¡Ni una palabra contra el capital nacional! Es cierto que el FMI, una agencia burguesa internacional que presta capitales a bajo precio a cambio de medidas de austeridad, desangra a los proletarios. Pero esto no exonera en nada a la burguesía argentina. Los explotadores argentinos son tan rapaces como los explotadores extranjeros. Los proletarios no ganan nada escogiendo a los burgueses de Buenos Aires, o a los de Washington, sede del FMI. Ni con unos, ni con otros, lograrán solucionar su situación. Los trotskistas del FIT-U olvidan totalmente que el capitalismo obedece a leyes inmutables e impersonales y que sus exigencias actuales para intensificar la explotación del proletariado no es por culpa del FMI, sino más bien del sistema en sí. Pero es tradicional en la pequeña burguesía buscar siempre al culpable en algún monstruoso marionetista, siempre halando los hilos de los personajes de la historia sin nunca mostrarse al público. No es tarea de la clase obrera reformar al Estado nacional burgués para enfrentarlo al imperialismo. No hallará su camino de clase, sino cuando cese de determinarse siempre con respecto a las alternativas burguesas y cuando ejerza su fuerza por objetivos que les son suyos. Contra los ataques repetidos del capitalismo, nacional o internacional, ella no puede buscar su defensa más que en sus luchas. El nacionalismo del FIT-U se evidencia también cuando repiten

el eslogan chovinista «Los ingleses y la OTAN, fuera de las islas Malvinas». Esta reivindicación es puramente anti proletaria: ella no busca poner fin a la opresión nacional (no hay argentinos en esa isla), sino a crear una unión nacional detrás de la burguesía. Tal como escribíamos luego de la Guerra de las Malvinas (2): «Argentina no defiende en las Malvinas ni siquiera una reivindicación irredentista, pues la población de las islas nunca fue argentina. La razón del golpe de fuerza no reside tanto en las ganancias que la burguesía argentina podría extraer de la eventual explotación de sus riquezas naturales, como en la necesidad de volver a soldar la *union sagrada* de la burguesía y de sus partidos políticos en torno al gobierno, unión que se ha ido resquebrajando con la agudización de la crisis económica, la más grave que el país ha conocido {lo que explica además el porqué del momento del desembarco, mientras que la reivindicación de las islas dura... desde siempre}. Se trata de una maniobra para consolidar el poder militar, una maniobra esencialmente antiproletaria». La tarea de la clase obrera no es tomar partido por uno u otro bandido que se reparten el trabajo de los proletarios de cuyos frutos no obtendrán sino un miserable salario. La clase obrera tiene otra forma de arreglar los problemas de «Soberanía», cual es de luchar contra todas las burguesías, por una sociedad que considerará todas las riquezas naturales y sociales como el bien común de toda la humanidad.

ESTE PROGRAMA ES TAN NACIONALISTA COMO REFORMISTA

A nivel político, reclama «un gobierno de los trabajadores y del pueblo impuesto por la movilización de los explotados y oprimidos». Dicho gobierno estaría basado en «una Asamblea Constituyente libre y soberana, que discuta y ejecute las medidas urgentes necesarias para responder a las necesidades urgentes de la población activa, promoviendo una transformación del país sobre nuevas bases sociales». Por lo tanto, no es ni la dictadura del proletariado, ni la revolución. El «gobierno de los trabajadores» permanece en el cuadro de las instituciones burguesas y la «inmovilización» termina en ir a votar para elegir a los diputados. Las «nuevas bases sociales» son términos bastante confusos que sirven para ocultar una letanía de reformas sociales de las que su programa no se priva (salud, vivienda...) bajo el nombre de un «plan económico obrero y popular discutido y gestionado por los mismos trabajadores». En el centro de este plan, a nivel económico, se encuentra la estatización de numerosos

sectores de la economía: los bancos, el comercio exterior, toda empresa que cierre, todas las empresas privadas bajo el control, administración y gestión de los trabajadores y usuarios», las empresas del sector minero y energético. Va acompañado con reformas fiscales, «impuestos extraordinarios sobre los grandes capitalistas» y por «impuestos progresivos sobre las viviendas desocupadas pertenecientes a los especuladores inmobiliarios», al mismo tiempo prometen «encargarse de los pequeños ahorristas, y a ofrecer créditos con bajos intereses». Ninguna reforma puede mejorar la explotación capitalista. Los proletarios no tienen por qué ejercer control alguno sobre su servidumbre. Está hecho a la imagen de los sectores pequeño-burgueses y burgueses amenazados por la crisis capitalista y víctimas de la competencia que le hacen las grandes empresas y el capital foráneo. ¡Reformismo y nacionalismo van juntos! La contribución de los trotskistas argentinos a la mistificación electoral no es anecdótica. Difunde en las filas obreras sus caprichos nacional-reformistas y refuerzan la creencia en la mentira democrática de un Estado por encima de las clases que el proletariado debería poner a su servicio. En lugar de participar en elecciones, la única solución para los proletarios es la de prepararse a entrar en lucha por sus verdaderos intereses de clase, contra la explotación capitalista – nacional o extranjera –, y contra la burguesía y su Estado.

¡Abajo el Estado burgués!

¡Abajo el capitalismo, nacional e internacional!

¡No al nacionalismo, no a las ilusiones reformistas!

¡Viva la revolución comunista mundial!

Partido Comunista Internacional (El Proletario)

17 de Septiembre de 2019

www.pcint.org

NOTAS:

(1) En las primarias (PASO: Primarias, Abiertas, Simultáneas y Obligatorias) el 11 de agosto, el candidato peronista obtuvo un 48% de los sufragios expresados, contra solo un 32% para Macri. Otro candidato burgués recogió 8% de los sufragios y la alianza trotskista 2,83%.

(2) « ¡ Ni un solo hombre por las Malvinas! », *El Comunista*, n° 54, mayo de 1982

Chile

¡Contra el aumento del precio del transporte! ¡Contra la carestía de la vida! La lucha de la clase proletaria indica el camino

Desde hace tres días, los disturbios provocados por el anuncio de que el precio del transporte suburbano en Chile subirá un 5% se extienden por todo el país. El gobierno ha declarado el estado de emergencia, el ejército ha asumido el control de la seguridad pública en las principales ciudades del país y, mientras que las manifestaciones y el enfrentamiento con las fuerzas del orden no cesan, ya se cuenta al menos 15 muertos, 88 heridos por armas de fuego y más de 1.300 detenidos.

Para el miércoles 23, la Central Unitaria de Trabajadores, el principal sindicato del país, ha convocado una huelga general como protesta tanto por la subida del precio de los billetes de metro en particular, como por el aumento continuado de los suministros básicos mientras que los salarios permanecen prácticamente estancados. Mientras, en sus declaraciones públicas, el gobierno que capitanea el millonario Sebastián Piñera se ha reído abiertamente de los proletarios a los que, aunque ya tardan varias horas en llegar cada día al puesto de trabajo utilizando el transporte público, insta a madrugar más para aprovechar las ofertas del metro en las horas de menos afluencia.

La situación en Chile, aparte de la subida del precio del transporte público, es verdaderamente difícil tanto para los proletarios que viven de la economía regular como para aquellos que tienen que subsistir mediante el trabajo negro, tanto para los que habitan en las grandes barriadas obreras de Santiago, Valparaíso y Concepción como para los que tienen que vivir en las villas miseria de los extrarradios urbanos. Durante la última década, la Universidad Católica de Chile calcula que el precio de la vivienda en una ciudad como Santiago ha subido un 150%, la electricidad un 10%, manteniéndose la inflación general aproximadamente en un 2,5%. Mientras esto es así, el salario medio es de unos 13.000 \$, pero el 70% de la población vive con menos de 770 \$ mensuales, es decir, existe una gran polarización de la riqueza, manteniéndose una gran parte de la población por debajo del nivel de la pobreza. Porque el «oasis chileno», como gustan de llamar los economistas burgueses a Chile por su supuesta prosperidad, el 10% de la población en edad de trabajar se encuentra en paro, cifra que asciende a más del 20% entre los jóvenes. Cierto que, comparado con la situación de sus vecinos latinoamericanos, incluso con la que vive Argentina, la de Chile parece algo menos tenebrosa para los proletarios, pero es sabido que, en el capitalismo, la prosperidad, la riqueza, la buena marcha de la economía

y los negocios, significan pobreza y miseria para la mayoría de la población.

Las revueltas de estos últimos días vienen a mostrar que la clase proletaria chilena, la que sufre la subida de los precios del transporte, el precio de los alquileres, la semana laboral cada vez más larga, los bajos salarios... tiene la fuerza suficiente como para contestar ante el enésimo agravio al que la burguesía chilena quiere someterle entre palos y burlas. Los disturbios, los saqueos de tiendas y grandes superficies, los incendios de algunas empresas, así como los enfrentamientos con la policía en todos los barrios proletarios de las grandes ciudades, son muestra de la rabia de una clase proletaria que carga sobre sus espaldas con la buena marcha de la economía nacional, con ese incremento anual del Producto Interior Bruto que llena de orgullo a los dirigentes del país. Es una rabia espontánea, sin canalizar ni organizar, donde se mezclan los actos de pillaje con los ataques al enemigo de clase... pero es la rabia que la clase proletaria albergaba en su seno desde que la democracia se reinstaurase en el país, hace ya casi treinta años, y de nuevo fuesen los obreros quienes pagasen el pato de la reconstrucción nacional y de la reconciliación con quienes les habían torturado y asesinado durante otros dieciocho.

El Estado de Emergencia declarado por el gobierno de Sebastián Piñera el pasado domingo, es la respuesta más abierta y brutal que la burguesía chilena podía dar contra quienes se manifiestan en las calles: poner el control de la seguridad pública, es decir de la represión, en manos del ejército, no es ninguna broma en un país donde este mismo ejército gobernó con mano de hierro durante casi dos décadas, dedicando buena parte de sus fuerzas a secuestrar, torturar y asesinar a los proletarios más combativos. Aún hoy en día, de acuerdo a una publicación reciente del Congreso norteamericano, este ejército es uno de los más «profesionales» del continente sudamericano. Que los soldados patrullen las calles con sus armas apuntando a los vecinos de los barrios proletarios es toda una declaración de intenciones: ni desde la Casa de la Moneda, ni desde los cuarteles, ni desde los consejos de administración de las principales empresas del país, se va a tolerar que los proletarios salgan a la calle a exigir una mejora en sus condiciones de existencia.

Por su parte, las corrientes políticas de la oposición, han sido también muy claras: «No se le puede poner como condición al gobierno para dialogar que se deponga el Estado de Emergencia [...] Categóricamente, como opo-

sición, no buscamos desestabilizar al Gobierno Piñera, que debe urgentemente dejarse apoyar y anunciar una agenda social que incluya beneficios inmediatos» Estas palabras de uno de los principales líderes de la oposición definen perfectamente todo lo que los proletarios pueden esperar de los partidos izquierdistas del arco parlamentario: en primer lugar, el gobierno debe controlar a los rebeldes, no se cuestionará, por lo tanto, el Estado de Emergencia hasta que estos hayan sido detenidos.

En lo que respecta a la Central Unitaria de Trabajadores, para entender su posición en este conflicto basta con ver que ha tardado casi una semana en convocar la huelga general del día 23. ¡Y hasta el último momento ha ofrecido la desconvocatoria a cambio de que el gobierno dé muestra de buenas intenciones! Durante la crisis social más grave desde la llegada de la democracia, en medio de disturbios que han dejado más de una decena de muertos... la CUT se toma una semana de plazo para convocar una huelga dejando respirar al gobierno, que en ese plazo ha tenido tiempo de sobra para militarizar el país, convirtiendo la calle en un bastión de los soldados. Pero esta actitud se entiende mejor si prestamos atención al comunicado del día 21 de octubre que ha hecho público esta misma CUT. En él, después de moderar sus exigencias al «retorno de la normalidad», refiriéndose a los disturbios de estos días de atrás, se afirma:

«Pero con la misma claridad condenamos de la manera más enérgica la violencia irracional generada por la actitud del gobierno, que ha permitido acciones de vandalismo y delincuen-

(sigue en pág. 12)

El programa comunista N°53, JUNIO 2018

- ¡Viva Octubre rojo, de ayer y mañana!
- Las grandes lecciones de Octubre de 1917
- 1936-1939. La Guerra de España
- Cronología abreviada
- Informe de Amadeo Bordiga sobre el fascismo. V Congreso de la Internacional Comunista. (23ª sesión, 2 de julio de 1924)

REVISTA TEÓRICA

Precio del ejemplar: 3 •.; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 •.; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

Luchas de masas proletarias en Colombia: ¡Por una orientación y organización de clase!

Desde hace una semana, esta vez le toca a Colombia ser el teatro de grandes movimientos de luchas contra la austeridad capitalista infligida por el gobierno.

15 meses después de la elección de Duque, el descontento hacia el gobierno se ha generalizado, sobre todo por la situación de precariedad social que viven las grandes masas; por lo tanto, no es casual que, según los sondeos de opinión, actualmente su gobierno sufra de un 69% de desaprobación.

La economía colombiana se había incrementado en el último trimestre en un 3,33% (a ritmo anual), gracias a una contestada ley de impuestos más rigurosa. Pero a pesar de esto, el desempleo no baja y ya llega al 10,2%. Cabe decir que Colombia posee un batallón de 12 millones de emplea-

dos informales, por lo tanto no tienen ninguna protección laboral ni social. Un 40% de los trabajadores ganan menos del salario mínimo nacional, y a menos que lo hagan por su cuenta, no tienen ninguna posibilidad de ser pensionados por el Estado; de 8 millones de asalariados, solo 3 millones tienen derecho a cobrar una pensión de vejez. Como dice una pancarta de las recientes movilizaciones: «*Trabajo decente y pensiones dignas*», estas son pues las razones centrales de las movilizaciones y del paro nacional. Todo esto se desarrolla en medio de un clima de terrorismo estatal, expresado en masacres de indígenas, persecución de dirigentes sindicales y vecinales, incluyendo el asesinato de una candidata a las elecciones de alcaldes. Esta situación es frecuente en el país andino que todavía no logra cerrar las pro-

fundas heridas dejadas por la pasada guerra civil. Pero la tensión aumentó recientemente tras el bombardeo de una supuesta zona guerrillera, donde resultaron muertos salvajemente 8 niños – a pesar de que el ejército sabía que eran niños. Se debe resaltar que entre las reivindicaciones de los convocados al paro nacional está la exigencia de un mayor compromiso con la implementación del acuerdo de paz con las FARC firmado en 2016.

El gobierno había preparado un conjunto de medidas anti obreras exigidas por los capitalistas, como la disminución de las pensiones de jubilación, disminución del salario mínimo juvenil en un 25%, abolición del salario mínimo, fin de los contratos de trabajo, disminución de los impuestos a las grandes empresas, privatizaciones,

(*sigue en pág. 13*)

Chile: contra el aumento del precio del transporte...

(*viene de la pág. 11*)

cia de grupos minoritarios, mientras la gran mayoría del país se ha manifestado de manera pacífica y organizada por todo el territorio. Es absurdo destruir el metro que no es usado por los poderosos sino por trabajadores y trabajadoras, es repudiable el saqueo de negocios, algunos de ellos de pequeños comerciantes, así como la destrucción de bienes públicos. Esa violencia irracional solo es funcional a los poderosos para justificar la represión y militarización del país. Pero también dejamos planteada la pregunta acerca de la sospechosa ausencia de vigilancia y protección policial a la red de metro, negocios y edificios, justo en los momentos en que operaban estos grupos de desconocida y dudosa pertenencia». Mientras el proletariado se manifiesta en la calle, se enfrenta a la policía para defenderse, sabotea los transportes públicos como manera de protestar... y es golpeado y asesinado, la CUT condena la violencia, acusando a los propios trabajadores que participan en las protestas «violentas» de ser aliados del gobierno.

La clase proletaria chilena debe ser capaz de sacar, en estos enfrentamientos y en aquellos que sin duda vendrán en un futuro más próximo que lejano, las lecciones de su propia historia, que es la misma historia que carga a sus espaldas el proletariado de toda América Latina. La democracia, el respeto por la legalidad parlamentaria, el reformismo encorsetado en las apretadas costuras

del parlamentarismo, fueron la causa de su derrota en el momento de máxima tensión social. Durante los trágicos años que van de 1970 a 1973, la confianza en la corriente oportunista que representaban Allende y la Unidad Popular, llevó a una serie de durísimos reveses, el último de los cuales fue la implantación del terror burgués de mano del muy demócrata y constitucional Augusto Pinochet. Durante esos años las fortísimas movilizaciones de la clase proletaria, que tuvo en los *cordones industriales* una de sus formas más características de lucha, pudieron ser encauzadas gracias al relumbrón que entre los trabajadores tenía el mito de la democracia y el avance paulatino hacia el socialismo. La presión de las fuerzas del oportunismo político y sindical fue lo suficientemente fuerte como para encauzar tanto la lucha inmediata, desplegada con gran valor y coraje sobre el terreno de la defensa de los intereses económicos de la clase obrera, como la lucha política, que se definía en torno a una etérea «vía nacional al socialismo». La primera, la lucha económica, a pie de fábrica y barrio, fue difícilmente controlable por la burguesía porque en ella la clase proletaria se mostraba más indómita, pero finalmente pudo ser supeditada a la defensa de la economía nacional chilena, que entonces tenía las nacionalizaciones de las empresas más importantes del sector primario y secundario como bandera. La segunda, la lucha política, fue limitada a un reformismo a pequeñísima escala que evitó en todo momento rozar siquiera los privilegios de clase de la burguesía. Tanto es así que la conspiración militar patrocinada por el gobierno de Estados Unidos pudo hacerse a plena luz del día

mientras la Unidad Popular exigía a los proletarios contención y calma.

1.973 fue el triunfo de la acción combinada del oportunismo pseudosocialista y la represión burguesa abierta y desencarnada. El proletariado chileno debe sacar las lecciones oportunas: la clase burguesa recurre tanto al ejército y la fuerza armada como al circo parlamentario y la defensa de la democracia para mantener a la clase proletaria alejada de su terreno de lucha por excelencia, en el que se libra un combate con medios y métodos realmente clasistas. Hoy los proletarios han salido a la calle en un verdadero estallido social para defender sus condiciones de existencia más inmediatas. Ante ellos tienen, de nuevo, al ejército y a las organizaciones pseudo obreras que intentan encauzar su lucha hacia la confianza en el Estado burgués, hacia la renuncia a la lucha clasista, a la que tildan de violenta y sin sentido. El dilema es el mismo: o se rompe con la colaboración entre clases que estas posturas conciliadoras suponen, o se cae no ya en la inanidad política que representan, sino en la vorágine de la represión más despiadada.

¡Por la defensa intransigente de las condiciones de vida de la clase proletaria!

¡Por el retorno de la lucha de clase del proletariado!

¡Por la reconstitución del Partido Comunista, internacional e internacionalista!

22 de octubre
Partido Comunista Internacional (El Proletario)
www.pcint.org

etc. Es particularmente contra este «paquetazo» que los sindicatos anunciaron un paro nacional, el segundo en pocos meses (el primero tuvo lugar el 25 de abril) y manifestaciones en todo el país.

El diario *Semana* del 15/11 expresa los temores de la burguesía de esta manera: **«Después de ver en televisión cómo las multitudes se han tomado las calles en varios países para expresar su indignación, el turno le llegó a Colombia. Las protestas lejanas se han venido acercando. Luego de los ‘chalecos amarillos’ en Francia y los libertarios en Hong Kong, el estallido social llegó a América Latina. En Ecuador, por las drásticas medidas del Fondo Monetario Internacional, y en Bolivia, por acusaciones de fraude electoral que terminaron con la renuncia de Evo Morales. Pero la movilización social que más impresionó – por lo masiva, agresiva y sostenida – fue la de Chile, hasta ese momento considerado un país modelo, cuyo desenlace ya va en referendo para cambiar la Constitución. Ante ese panorama, muchos colombianos [léase burgueses, NdR] están con los pelos de punta».**

El Comité Nacional del Paro, que reúne alrededor de la CUT (Central Unitaria de los Trabajadores) a los diversos sindicatos profesionales, organizaciones estudiantiles, femeninas y otras organizaciones sociales, hizo todo por tranquilizar a los burgueses: la huelga sería limitada a un tiempo definido, y la demanda esencial sería la obertura de negociaciones con las autoridades sobre el paquetazo.

El paro nacional se realizó el jueves 21 de noviembre sin grandes percances ni violencias, a pesar de dejar un saldo de al menos tres muertos y más de 250 heridos, según cifras del Departamento de Defensa. Los organizadores habían anunciado que habrían 3 millones de manifestantes, pero a pesar de que esta cifra no fue alcanzada, las manifestaciones fueron gigantescas; el ministro del interior anunció la cifra de 400.000 participantes en todo el país, cuando en realidad en la sola ciudad de Cali su número superaba la cifra de 450 mil según cálculos de fuentes independientes.

Estas gigantescas manifestaciones en varias ciudades como Medellín, Barranquilla, Cali, Bucaramanga, Cartagena y Bogotá, la capital, la primera que se recuerde en décadas, se realiza tras el llamado de amplios sectores de la sociedad colombiana, siendo entre los más importantes evidentemente los trabajadores de la educación, los obreros, y los campesinos; las organizaciones de campesinos indígenas protestan principalmente por el asesinato de 134 de sus militantes por parte de sicarios contratados por los grandes propietarios, a la llegada al poder de Duque. Cabe destacar que a la convocatoria se sumaron los defensores de los acuerdos de paz suscritos

con la ex guerrilla de las FARC. La relativa calma del primer día fue asegurada en parte por las medidas preventivas que el gobierno había tomado: implementó de forma previa una serie de medidas que incluyeron el cierre de los pasos fronterizos de Colombia con Venezuela, Brasil, Ecuador y Perú y el acuartelamiento en máxima alerta de las fuerzas militares, además del allanamiento y detención de algunos dirigentes, periodistas e incluso grupos culturales, los más radicales que llamaban al paro.

Sin embargo, al segundo día, la situación se calentó un poco más y los enfrentamientos con la policía aumentaron y se tornaron más violentos. Los saqueos, barricadas, incendios se multiplicaron en la capital, Bogotá, donde 75 estaciones de metro y 79 autobuses de transporte público fueron afectados y varios supermercados saqueados. Como era de esperarse de un gobierno igual de ultra represivo que los anteriores, Duque decreta el toque de queda à Bogotá (el primero desde los años 70) tras una «ley seca» dictada en la mañana, y saca los militares a la calle. La violencia virtual es acompañada naturalmente con un llamado del presidente colombiano al diálogo.

Pero los manifestantes violaron el toque de queda con nuevas manifestaciones y, por primera vez en Colombia, con cacerolazos. Los dirigentes sindicales que ya habían condenado la violencia de las manifestaciones en Bogotá, se desolidarizan también de estas manifestaciones espontáneas.

Sin embargo la agitación cobra nuevos bríos y la rabia se amplifica, luego del asesinato de un manifestante, obligando al Comité a convocar a un nuevo paro nacional para el 27 de noviembre y tratar de recuperar el control del movimiento.

A pesar de que en Bogotá el ejército y la policía impidieron el cierre de tiendas, la huelga pareció haberse extendido y las manifestaciones aún eran masivas, reuniendo a cientos de miles de personas, una semana después del estallido de los disturbios.

El gobierno ha tratado de responder a esta movilización un poco como Macron en Francia contra los Chalecos Amarillos: anunció la apertura de «conversaciones» durante 4 meses en todo el país donde se suponía que la población se expresaría, a través de funcionarios electos y organizaciones de la sociedad civil: una iniciativa respaldada oficialmente por la administración estadounidense. Los burgueses conocen bien el valor pacificador del opio democrático (en el artículo de *Semana* citado anteriormente, hablando de las recientes elecciones municipales y regionales, el cotidiano escribió que *«la democracia activó sus válvulas de escape que, sin duda, ayudarán a moderar la rabia»*). Pero este anuncio de una «conversación» no puede calmar el

descontento de las masas que se movilizaron para obtener la satisfacción de sus demandas básicas.

Por su parte, el Comité Nacional de Paro agregó, entre otras cosas, a su lista de demandas, la disolución de la ESMAD (policía antidisturbios) y la purga de la CUT. ¡Como si el Estado colombiano, particularmente represivo y brutal, estuviera tranquilamente dispuesto a suavizar sus métodos para mantener el orden! Sobre todo porque según una declaración de Fonseca, líder de la CUT, el día de la huelga solo tenía como objetivo *«reclamarle al Gobierno que negocie el ‘paquetazo’*: ¡el objetivo es solo la negociación! En lugar de oponerse a la fuerza contra la fuerza, respondiendo a la obstinación del gobierno mediante el endurecimiento del movimiento, el Comité Nacional de Paro multiplica las declaraciones legalistas y pacifistas para evitar que la huelga sea ilimitada (como lo han hecho los estudiantes de algunas universidades), al mismo tiempo que llamaba al gobierno a la negociación *«en un espíritu patriótico y democrático»*, anunció un nuevo día de huelga para el 4 de diciembre: táctica clásica del colaboracionismo sindical para romper un movimiento de lucha en pleno auge...

Al igual que en el vecino Chile, donde los sindicatos convocaron a una huelga general el 12 de noviembre, no por la defensa de los intereses proletarios, sino para el objetivo reformista de establecer una nueva constitución a través de una asamblea constituyente, las organizaciones colaboracionistas de Colombia **traicionan** la lucha de las masas proletarias que pretenden dirigir.

En Colombia como en Chile, como en toda América Latina y en el mundo entero, la crisis del capitalismo empuja a los proletarios a la lucha. Para tener una oportunidad de victoria, primero tendrán que romper con todos los falsos amigos que los desvían de la lucha de clases al proponerles falsas alternativas democráticas. Contra estos partidos y sindicatos, que en realidad son defensores del orden burgués, los proletarios deberán recuperar las armas de la lucha de clase independiente y dotarse de su organización política de clase – el partido comunista revolucionario, internacionalista e internacional. Esto no se puede hacer de la noche a la mañana, pero es la vía que indican objetivamente los enfrentamientos de hoy.

¡Clase contra clase! El capitalismo no se reforma, se le combate, antes de tener la fuerza para poder derribarlo. En esta lucha, los proletarios no tienen nada que perder más que sus cadenas, ¡tienen un mundo que ganar!

Contra las exigencias de la burguesía nacional e internacional, la clase proletaria debe hacerse oír

Desde primeros de octubre tiene lugar en Ecuador una oleada de protestas, manifestaciones, cortes de carretera, bloqueos de ciudades, huelgas y asaltos a centros policiales. Por ahora, el punto de máxima tensión parece haberse alcanzado en los últimos días, cuando la huelga general convocada por las principales centrales sindicales del país hizo huir al gobierno de Moreno de Quito y refugiarse en Guayaquil, segunda ciudad del país y primera en importancia económica.

Detrás de estas protestas, el gobierno de Moreno, el FMI, la Confederación de Estados Americanos, etc. colocan la mano del ex presidente Correa, que querría volver al país, siempre según estas organizaciones, después de no poder hacerlo por la vía electoral. Pero la realidad es que, al margen de la participación en las movilizaciones de elementos cercanos al ex presidente del país, lo que late en la rebelión que todavía tiene lugar es el rechazo intransigente por parte de campesinos indígenas, proletarios y masas desheredadas del país, de las exigencias que el Fondo Monetario Internacional y la burguesía nacional ecuatoriana han puesto sobre la mesa para acceder a créditos internacionales y a financiación de urgencia ante la mala situación económica de Ecuador.

Efectivamente, ante el déficit fiscal y la elevadísima deuda pública de Ecuador, que llega al 60% del PIB y es consecuencia, sobre todo, de la bajada del precio de las materias primas (productos agrícolas y petróleo) que Ecuador exporta a Estados Unidos y Europa, el Fondo Monetario Internacional se comprometió en marzo de este año a otorgar un crédito de 4.200 millones de dólares para los próximos tres años. A esta cantidad, se sumarán otros casi 6.000 millones de dólares procedentes de diferentes entidades financieras americanas y europeas. Pero la condición para liberar este dinero es la adopción, por parte del gobierno ecuatoriano de las ya conocidas medidas de contención del gasto y austeridad económica.

De esta manera, el gobierno de Moreno impuso, a principios de este mes la liberalización del precio del combustible, la liberalización de las importaciones, una reforma fiscal que limita la imposición tributaria a las grandes fortunas, una reducción, para los empleados públicos, del 20% de su salario y del 50% de sus vacaciones. Además, una reforma laboral consistente en el abaratamiento del despido, la flexibilización del modelo de contratos que permita desregular las condiciones de contratación, liquidar la jubilación a cargo de la patronal y, finalmente, reducir el salario mínimo.

Todas estas medidas se dirigen directamente contra las condiciones de vida de las masas populares, de los campesinos y de los proletarios. Concretamente, la liberalización del pre-

cio del combustible, eufemismo tras el que se esconde el fin de las subvenciones al diésel, afecta principalmente a los campesinos indígenas que venden sus productos en mercados distantes muchos kilómetros de la zona de cultivo, mientras que el resto de medidas golpean con fuerza al proletariado devaluando sus condiciones de trabajo y existencia al reducirle, aún más, a una situación de semi indigencia donde ni siquiera el tener un puesto de trabajo constituye una garantía de no vivir en la miseria.

Contra estas medidas, el llamado «movimiento indígena» ha desencadenado una oleada de protestas que mantienen al país en vilo desde hace diez días y que ya han dejado cinco muertos y más de ochocientos heridos. La principal organización convocante es la Confederación Nacional Indígena Ecuatoriana (CONAIE), detrás de la cual se sitúan los principales sindicatos del país. Esta organización, creada en los años '80 del siglo pasado, tiene en su haber la dirección de fortísimas protestas contra prácticamente todos los gobiernos de Ecuador de los últimos treinta años, habiendo dado lugar a manifestaciones masivas como las de 1.997 (derrocamiento del presidente Abdalá Bucanam) o 2005 (derrocamiento del presidente Lucio Gutiérrez) que la han convertido en la organización social de referencia en el país. De hecho, en Ecuador, un país donde se reconocen 14 nacionalidades indígenas, el 25% de la población puede considerarse de este origen, si bien el 80% del total es mestiza, lo cual hace que este tipo de organizaciones, que tienen una base local limitada a los llamados «pueblos originarios», gocen de gran influencia entre las masas proletarias y semi proletarias de las grandes ciudades del país.

La población indígena es mayoritariamente campesina, dedicada al monocultivo de alguno de los productos que exporta el país (brócoli, patata, cebolla, trigo, cebada, etc.) y ha sufrido particularmente el expolio de tierras que se llevó a cabo en el país desde mediados del siglo XX, dando lugar a una inmensa capa social de desheredados que mal viven en el campo y las ciudades con una economía de subsistencia en el que el excedente se vende en mercados locales y que, por lo tanto, es increíblemente sensible a variaciones de los costes de producción, como el incremento del precio del petróleo que tendrá lugar una vez deje de ser subvencionado.

La clase proletaria ecuatoriana, que está compuesta tanto por los obreros de las grandes concentraciones urbanas como Guayaquil, Quito, Cuenca o Santo Domingo, nunca ha tenido un desarrollo, una concentración y una organización sobre las bases mismas de la organización capitalista del trabajo, tan fuertes como lo hayan podido tener los proletarios de Argentina, Brasil o México. Una inmensa capa de semi proletarios, dedicados a cual-

quieractividad, asalariada o no, sobrevive junto a ellos, entremezclándose, en ciudades con un desarrollo industrial que nunca ha sido muy elevado, a parte del sector petrolífero o la construcción. Pero su fuerza social reside, más que en el número, en las mismas condiciones de subdesarrollo económico del país, que vuelven miserables las condiciones de vida de la mayor parte de la población, atándola a formas sociales atrasadas incluso para las sociedades propiamente capitalistas.

Las revueltas de Ecuador son consecuencia de las turbulencias económicas mundiales, que se ceban con los países más débiles del capitalismo internacional, succionando sus recursos a precio de ganga, imponiéndoles condiciones draconianas en las negociaciones para obtener préstamos financieros... Ante esto, ante su propia debilidad en el mercado internacional, la burguesía local exprime más y más tanto a los proletarios como al resto de clases sociales subalternas del país. Pero, a pesar de tener un origen tan claro en el propio funcionamiento del modo de producción capitalista, no son, por sí mismas, una respuesta abiertamente anticapitalista y antiburguesa... Su base social es una mezcla heterogénea de campesinos indígenas, pequeños productores de mercancías agrarias y artesanales y proletarios. Su dirección, una organización de tipo nacionalista que busca encajar a estas clases sociales desarraigadas en el marco político burgués del país. De hecho, es una organización que tiene una larga tradición de colaboración con gobiernos como el de Rafael Correa, para el cual trabajó en la desactivación de cualquier movimiento autónomo de la clase proletaria en las ciudades.

En medio de esta mezcla abigarrada de clases y semi clases no proletarias, el proletariado ecuatoriano debe hacer oír su voz. No son las reformas indigenistas, basadas en la participación parlamentaria y el respeto a «formas ancestrales de vida» (léase de explotación de una clase por otras) las que evitarán el hundimiento en la miseria tanto de los proletarios como de los propios campesinos de origen indígena. Los últimos treinta años y la experiencia de países como Brasil o Bolivia, muestran que los gobiernos reformistas como el de Lula o Evo no pueden hacer otra cosa que continuar con el expolio de las tierras indias, con el sometimiento de los llamados «pueblos originarios» a condiciones de vida cada vez más precarias en la medida en que todos sus recursos se ponen tarde o temprano a la venta, en que su subsistencia se vincula cada vez más al curso del mercado capitalista internacional y a las exigencias de los imperialismos regionales e internacionales. Y, por supuesto, estas mismas experiencias muestran que los proletarios de Ecuador o de cualquier otro

país de América Latina, tienen mucho que perder cediendo su independencia de clase ante organizaciones de tipo interclasista que no buscan sino apuntalar democráticamente el Estado burgués, logrando concesiones constitucionales que para nada impiden la explotación del trabajo asalariado por parte del capital. La clase proletaria no puede permanecer bajo la bota de la colaboración entre clases. El rápido deterioro de sus condiciones de existencia, que no hará más que aumentar en los próximos años, la represión cada vez más intensa a la que es sometido en todo el subcontinente latinoamericano, etc. le debe mostrar que es imprescindible que salga a la calle a luchar como una fuerza propia, con sus propias exigencias y reivindicaciones, con sus propios fines y con sus propios medios de lucha.

Las revueltas de los últimos días en Ecuador muestran que la realidad social de los países de América Latina va a ser de todo menos tranquila en los próximos años. Esta situación, en la que la inestabilidad será la norma, proporcionará una ocasión preciosa para que el proletariado se ponga a la cabeza de la lucha que protagonizan, junto a él, los campesinos pobres indígenas y tantas otras capas de desheredados. Para ello, deberá levantar la bandera de la lucha de clase, que es por naturaleza antiburguesa y, por lo tanto, antidemocrática y que conlleva rechazar todas las componendas posibles con la burguesía y la pequeña burguesía local, interesadas únicamente en reformas que hagan las veces de contención temporal de las exigencias de las principales potencias imperialistas y que ayuden a conformar un Estado burgués fuerte. Deberá unir tras esta bandera a todas las clases sociales que padecen los agravios cotidianos que caracterizan al capitalismo en cualquier región del mundo, especialmente en aquellas que se sitúan en la periferia de la economía mundial, pero bajo un programa claramente anticapitalista, alejado de toda reivindicación reaccionaria, identitaria tanto como de cualquier forma de lucha basada en la participación parlamentaria.

El proletariado ecuatoriano debe aprender las lecciones que esta revuelta social le va a proporcionar. Sólo su lucha de clase puede conducir a la victoria, no sólo a él, sino también al resto de las masas populares que se batan en las calles. Y su despertar puede suponer un revulsivo no sólo en Ecuador, sino también en el resto de América Latina y en las propias superpotencias europeas y americanas, donde vive más de un millón de emigrantes ecuatorianos aprendiendo que las delicias del mundo desarrollado no son para los proletarios.

¡Viva la lucha de los proletarios ecuatorianos!

¡Por la reanudación de la lucha independiente de la clase obrera!

¡Por la defensa intransigente de sus condiciones de vida y de trabajo!

Partido Comunista Internacional (El Proletario)
www.pcint.org

12 de octubre de 2019

Frente al sabotaje de las direcciones sindicales ¡librar la lucha sobre una base de clase!

El «día de acción» del 17 de diciembre fue un éxito innegable. La huelga de los transportes (SNCF-ferrocarril, RATP-metro y buses parisinos, etc.) continuó, pero se caracterizó por una nueva movilización en las calles (el doble de manifestantes que el 10 de diciembre) y por huelgas, en particular en la educación. Ese día el movimiento de huelga afectó a las refinerías y otros sectores, mientras que los trabajadores siderúrgicos de Arcelor Mittal estaban en huelga desde el día 5. En los depositos de autobuses de la región parisina se instalaron numerosos piquetes de huelga a pesar de las intervenciones policiales para desbloquearlos. La huelga también afectó a las refinerías y hubo bloqueo de muchos puertos, etc

El gobierno tuvo problemas con el asunto Delevoye: después de las revelaciones sobre el ocultamiento de ciertos ingresos, el ministro encargado de hacer tragar a los proletarios la degradación de sus futuras pensiones de jubilación fue obligado a dimitir; la CFDT y otros sindicatos ultracolaboracionistas que apoyaban el proyecto gubernamental hasta ahora se vieron obligados a oponerse a él - sin duda para no ser desautorizados por su base.

Era el momento de generalizar y acentuar el movimiento de movilización y huelga, como venían pregonando los sindicatos (¡vamos a «endurecer» el movimiento, decían!). Resultado: la reunión de la *Intersyndicale* de esa noche decidió... decidir nada: «no estaba completamente maduro para fijar una nueva fecha para la movilización nacional esta noche» según la FSU. Se pidió a los trabajadores que recurrieran a iniciativas locales - que, inevitablemente, fueron poco seguidas; en un momento en que los proletarios tienen una necesidad apremiante de centralizar y unificar su lucha, la *Intersyndicale* tendió a desmoronarla mientras esperaba... ¿qué? ¡Los trabajadores ferroviarios que han estado en huelga durante más de 10 días no pueden esperar para siempre a que la dirección del sindicato juzgue que la situación está madura!

Pero esto es en realidad **sabotaje**, ¡puro y simple! Las direcciones de los sindicatos están demasiado ansiosas por continuar con la comedia habitual de las negociaciones con el gobierno para considerar la organización de una verdadera lucha. ¡«Sin una respuesta del gobierno en las próximas horas», los sindicatos CGT, FO, FSU, Solidaires «decidirán sobre el seguimiento necesario más allá de diciembre»! (Comunicado de prensa de la *Intersyndicale*). Sería difícil burlarse más abiertamente

de los trabajadores en huelga a los que se les dice que esperen hasta el próximo mes (9 de enero). Los huelguistas respondieron inmediatamente: ¡si los líderes sindicales se van de vacaciones, continuaremos la lucha!

Todos estos aparatos sindicales son **defensores del orden establecido**: sobre todo, no quieren una generalización del movimiento que corra el riesgo de convertirse en peligroso para el buen funcionamiento del capitalismo, amenazando la paz social y la colaboración con los enemigos de clase de los proletarios - a los que consideran como «socios». La *Intersyndicale* apuesta, por tanto, por el agotamiento de los huelguistas, mientras que la dirección de UNSA-ferrocarril y de la CFDT, a petición del gobierno, llaman abiertamente a una «tregua de Navidad» para romper el movimiento.

¡No ilusiones! Estos profesionales del «diálogo social» con los patrones y el Estado burgués nunca serán verdaderos defensores de los intereses de clase de los proletarios.

Contra este **sabotaje**, abierto o no, de los aparatos sindicales completamente integrados en la red burguesa de mantenimiento del orden social, la vía sólo está en **la organización de la lucha sobre bases de clase**. En muchos lugares ya se han establecido **comités de huelga** para dirigir la lucha, se están celebrando **asambleas generales «interprofesionales»** para extender y unificar el movimiento sobre las diferencias de profesión y corporación, se están estableciendo efectivos piquetes de huelga y se llaman a días nacionales de movilización para sortear el bloqueo de los aparatos. Estas iniciativas son todavía limitadas, pero señalan el camino a seguir para los trabajadores en las luchas actuales y futuras contra todos los ataques burgueses.

¡Organización y lucha sobre bases de clase independientemente y contra toda influencia burguesa y colaboracionista!

¡Retirada de la reforma de las pensiones y de todas las medidas gubernamentales antiobreras! ¡Salarios completos para los desempleados y pensionistas! ¡Revalorización inmediata de los salarios y de todos los mínimos sociales! ¡Regularización de trabajadores indocumentados e inmigrantes! ¡Solidaridad con las víctimas de la represión policial!

¡No hay tregua en la lucha de clases anticapitalista!

21 de diciembre 2019

También en Irak, miles de jóvenes han estado protestando en las calles y plazas durante más de un mes contra el desempleo, el coste de la vida, la falta de servicios públicos y, en particular, contra la corrupción generalizada a nivel político y gubernamental. Los jóvenes se manifiestan, las fuerzas del orden burguesas disparan.

Las protestas llevadas a cabo desde septiembre contra los gobiernos de Sudán, Argelia, Egipto, Jordania y Líbano también llegaron a Irak en octubre, especialmente a la capital Bagdad y a las provincias del sur del país, Basora, Maysan, DhiQar, Muthanna, Basora, Nassiriya, Hillah, Najaf, Amara y Diwaniya. En el sur del país, de hecho, a pesar de la presencia de las grandes compañías petroleras, el desempleo sigue siendo alto, los servicios sociales son penosos y los agricultores abandonan el campo debido a la drástica caída del nivel de los dos principales ríos, el Tigris y el Éufrates.

En algunas ciudades como Nassiriya, Amara y Najaf, los manifestantes incendiaron algunos edificios gubernamentales. En casi todas las ciudades se produjeron enfrentamientos muy violentos: las manifestaciones comenzaron pacíficamente, pero cuando los manifestantes entraron en los edificios públicos para gritar su cólera, se convirtieron en enfrentamientos violentos en los que las fuerzas de represión del gobierno, a menudo acompañadas por grupos armados «desconocidos» y la acción de auténticos francotiradores, han disparado sistemáticamente contra la multitud. En los primeros cuatro días de protesta, 72 personas fueron oficialmente asesinadas, más de 3.000 heridas y 540 detenidas (1). No cabe duda: las manifestaciones contra el gobierno de Adel Abdul Mahdi se enfrentaron desde el principio a una violencia que no deja lugar a dudas sobre la voluntad política del actual gobierno de aplastar por la fuerza un movimiento que desde su inicio ha demostrado ser muy diferente al que en 2011 se presentó bajo el disfraz de la «Primavera Árabe». Hasta la fecha, el 31 de octubre, hay más de 250 muertos y 8000 heridos; sólo en Karbala, la ciudad santa del Islam, el 29 de octubre las milicias armadas chiíitas han hecho una masacre: 18 muertos (2). Pero las calles y plazas, desde Basora hasta Bagdad, siguen llenas de rebeldes.

Todos los reportajes en los diferentes medios de prensa y radio-televisión apuntan a esta diferencia. En 2011, el movimiento de revuelta que salió de Túnez y luego llegó a Egipto, extendiéndose a casi todos los países árabes, se identificó con un objetivo principal: derrocar al «dictador» del momento: Bel Ali en Túnez, Mubarak en Egipto. El movimiento rebelde - basado en todas estas ocasiones en las condiciones de extrema miseria de la gran mayoría de la población- creyó que con la caída del tirano y la apertura de una nueva fase democrática del país, se resolverían los problemas económicos y la vida social y política. El verdadero poder, sin embargo, no estaba en manos del tirano del momento y de su clan, sino de toda la clase dominante burguesa, de la cual el tirano era ciertamente parte. Pero los imperialismos euroamericanos que lo apoyaban, conside-

raron más conveniente para el mantenimiento del poder económico y político la defenestración de un Ben Ali y un Mubarak, fomentando intensamente la ilusión de que la nueva democracia establecida con todo su aparato electoral y parlamentario tranquilizaría a la población, restauraría la paz social gracias a la cual podría seguir haciendo sus negocios y explotar a la clase proletaria como antes. De hecho, más que antes. Que entonces el ejército desempeñó una función decisiva - en los países con capitalismo atrasado es la única fuerza organizada y concentrada en la defensa de los intereses del capital- lo ha demostrado ampliamente que el Egipto de al-Sisi. Las ilusiones democráticas no podían hacer otra cosa que chocar con la realidad de los capitalismo que, para estar a la altura de sus relaciones con los imperialismos más fuertes y los amos del mercado mundial, no pueden dejar de utilizar las mismas armas que antes utilizaban los tiranos caídos: represión, encarcelamiento, asesinatos selectivos, secuestros y desapariciones de figuras políticas que no se someten al nuevo orden, etc.... Y en todo esto, las diferentes formaciones confesionales-sunitas y chiíitas, en particular, pero divididas entre sí por intereses locales hasta el final de la guerra- juegan el habitual doble papel: pacificadores del espíritu y partidarios de algunas facciones burguesas e iniciadores de la imposición violenta de un fundamentalismo islámico a través del cual controlar los territorios, los recursos y los grupos humanos a explotar. La burguesía siempre lucha contra otra burguesía, para hacer valer sus intereses de grupo, que lleva el uniforme militar, la sotana, la chaqueta y corbata parlamentaria o el suéter de un empresario moderno, pero todos juntos luchan sin duda contra el proletariado cada vez que éste insinúa movilizarse en defensa de sus intereses de clase.

Los actuales movimientos de protesta y revuelta son, como hemos dicho, diferentes, no tanto desde el punto de vista de las ilusiones democráticas - estas, por desgracia, son difíciles de matar- como en su propia composición y actitudes básicas. En Irak, esto ha demostrado ser más cierto que en otros países. Son movimientos que, al menos hasta ahora, no han sido dirigidos por los partidos de la oposición existentes, tienden a escapar incluso del liderazgo de los imanes (en el Líbano en particular) y ya no confían en el ejército. Las nuevas generaciones que salen a la calle no han vivido la época de Saddam Hussein y su represión sistemática; tienen menos miedo de las consecuencias de sus acciones, si se quiere son más «inconscientes», pero gracias a su inconsciencia no tienen miedo de luchar con las manos desnudas contra las balas y con sus acciones muestran aún más la brutalidad de los gobernantes y del Estado. No luchan sobre la base

de los principios del Corán, sino como laicos; no luchan para llevar a sus líderes al parlamento o al gobierno, sino para derrocar al poder político actual: no ocupan los palacios de Governative, sino que los prenden fuego. Este verdadero «primitivismo», una expresión de profunda cólera ante las condiciones muy pobres de la existencia inmediata y la percepción de un futuro aún peor, puede, por supuesto, canalizarse por diferentes caminos. Una de ellas es sin duda la de una «democracia desde abajo», apoyada por la fuerte demanda de la dimisión del gobierno de Abdul Mahdi, con muchos muertos y heridos para obtenerlos, pero ante la cual no hay otra propuesta política que la de confiar a alguna persona «del pueblo» la tarea de proveer el cambio de guardia. Y esta es la verdadera debilidad de estos movimientos de protesta y revuelta, en este sentido realmente popular, aunque los proletarios estén ciertamente involucrados.

Irak es el cuarto mayor productor de petróleo del mundo (el segundo del grupo OPEP, después de Arabia Saudí) y el duodécimo país más corrupto, según Transparencia Internacional (3); una de cada cinco personas vive por debajo del umbral de la pobreza y el desempleo juvenil se sitúa en torno al 25%; estas son las cifras oficiales que, como sabemos, siempre fotografían la realidad por defecto. Pero dos años después de lo que se considera la derrota del ISIS y 16 años después de la invasión estadounidense de 2003, ¿cuál es la situación económica y política en Irak? Desastrosa, es la respuesta que dan todos los expertos burgueses. Un país rico en petróleo, y extremadamente corrupto; una riqueza que se acumula en una pequeña parte de la población -la burguesía y, como dijimos, no importa si lleva un uniforme militar, la ropa de un político, un empresario o un religioso- y la pobreza que se extiende sobre su gran mayoría. La revuelta, tarde o temprano, era de esperar y, ciertamente, se esperaba. Lo que sorprendió a la burguesía árabe, y también a la burguesía local, fue precisamente la duración de estas revueltas y el hecho de haber escapado, y de seguir escapando, del control por parte de organizaciones partidistas o religiosas con las que, obviamente, siempre es posible, tarde o temprano, llegar a un acuerdo, incluso si normalmente luchan entre sí. En realidad, el partido más importante de la oposición en el parlamento irakí es el partido religioso encabezado por Moqtada Sadr, el líder chiíta del Movimiento Sadrista, que, dada la duración de las protestas, ahora está intentando dirigir las dándole recientemente su apoyo «político» y también pidiendo la dimisión de Abdul Mahdi, por supuesto con vistas a sustituir al Gobierno....

Pero las demandas de dimisión del gobier-

no actual, de nuevas elecciones, bajo la ilusión de utilizar la democracia en beneficio de las masas proletarias y pobres del país, chocarán con una fuerte desilusión, como ya ha ocurrido después de Saddam Hussein, y como sucede cada vez que una nueva figura política llega al gobierno. Hay demasiados intereses en conflicto entre las diferentes facciones burguesas, entre sunitas y chiítas, entre los diferentes líderes tribales y, no menos importante, entre las diferentes facciones kurdas del norte de Irak. Irak, al igual que Siria, es un punto estratégico en el mapa de Oriente Medio, no sólo por sus reservas de petróleo, gas y minerales, sino también por su posición geográfica. Ambos países constituyen una especie de vientre blando de Oriente Medio entre Turquía en el norte, Irán en el este y Arabia Saudí en el sur, es decir, entre las tres potencias regionales que tienen interés en extender su influencia sobre Siria e Irak en detrimento de la otra. Y, como demuestran las guerras del Golfo y las continuas guerras internas, los imperialismos más fuertes del mundo insisten en toda la zona, desde los más antiguos, como Gran Bretaña y Francia, hasta los Estados Unidos y los más recientes, como Rusia y, por último pero no por ello menos importante, China, que se ha convertido, entre otras cosas, en uno de los principales socios comerciales de Irak, además de la India, Turquía y los Estados Unidos. Los intereses conflictivos entre los capitalismo regionales están inevitablemente entrelazados con los intereses conflictivos de los imperialismos que dominan el mercado mundial, produciendo así una razón de permanente inestabilidad e inseguridad dramática para todos los pueblos de la zona. El desarrollo económico de todos los países de la zona, dependiendo de las relaciones con el mercado internacional y del capital que se invierte o no se invierte en la industrialización, es continuamente una tendencia poco clara: Durante algunos años, las tasas de crecimiento pueden aumentar positivamente, como ocurrió en Irak cuando, en 2011, el crecimiento económico aumentó un 11% anual, gracias principalmente al sector petrolero (para el que había superado la producción de 2,5 millones de barriles diarios), pero también a la industria de la construcción y la agricultura y, muy importante en las dos «ciudades santas» de Najaf y Karbala, también al turismo religioso y a los servicios. Pero este crecimiento fue interrumpido en parte por la guerra del ISIS contra todos y todos contra el ISIS. Luego se reanudó después de su derrota, llegando a producir más de 4 millones de barriles de petróleo al día. Sin embargo, el crecimiento económico, que sólo beneficia a las compañías petroleras y a los capitalistas que se dedican a los sectores económicos más lucrativos, no se corresponde con un nivel de vida más alto para el proletariado y los campesinos pobres, porque la pobreza, el desempleo, afecta a una gran parte de la población y las protestas y disturbios que se vienen produciendo desde hace más de un mes son una clara demostración de la explotación bestial a la que se ven sometidas estas masas de trabajadores. Una gran parte de la población tiene entre 15 y 50 años, lo que, para la capital, es la mano de obra ideal. No es de extrañar, por tanto, que

sean precisamente los jóvenes quienes llenen las calles y plazas, porque son los más explotados y los más afectados por el desempleo.

A estos jóvenes no les falta valor para enfrentarse a la policía, al ejército, a los francotiradores, a las milicias armadas, y el empuje que los lleva a la calle cada vez tiene bases materiales muy fuertes: están sin trabajo y no ven un futuro. Los gobernantes burgueses, los capitalistas, las élites políticas y culturales no confían en ellos porque no son capaces de proponer soluciones fiables e inmediatas; sin embargo, exigen democracia, elecciones y que las mismas clases en el poder cambien al personal político y gubernamental y les den esperanza de vida. Ponen ira, coraje, inconsciencia, su propia sangre... y esto debería sacudir las conciencias de los que tienen poder económico, político y militar.

Pero la realidad capitalista se desarrolla por caminos completamente diferentes: las leyes del capitalismo guionaron a Saddam Hussein y a sus aliados y enemigos, luego guionaron a todos aquellos que llegaron al poder en un país atormentado por las guerras, y finalmente guionaron a los gobernantes más recientes, antes muy apreciados por el pueblo y ahora considerados como corruptos de una manera insoportable. Las mismas leyes guiarán a los nuevos gobernantes que reemplazarán a Abdul Mahdi y mañana también a Moqtada Sadr o a cualquier otro. Básicamente, nada cambiará; la economía seguirá creciendo, la corrupción no desaparecerá, la represión de las protestas se repetirá de diversas formas, el desempleo y la miseria seguirán apoderándose de los estómagos y las entrañas de las masas trabajadoras. El camino parece no tener salida.

Pero hay una alternativa y concierne precisamente a la clase trabajadora, a la clase proletaria de cuya explotación sistemática obtienen sus ganancias los capitalistas: una clase que debe reencontrarse, que debe esforzarse por reconocer no sólo sus propias necesidades inmediatas, sino los medios y métodos de lucha que por sí solos pueden dar una respuesta no temporal, no efímera, a la cuestión social: los medios y métodos de la lucha de clases. No basta con luchar valientemente contra un enemigo fuertemente armado y falto de escrúpulos. Es dramáticamente ilusorio confiar en clases y fuerzas sociales que tienen intereses completamente opuestos a los intereses de la clase proletaria. Se trata de utilizar la propia fuerza, el propio coraje, el empuje para rebelarse contra el régimen burgués que, de vez en cuando, quizás con los rasgos socialistas reformistas más que con los rasgos del predicador religioso, consigue cambiar su rostro para aplicar la misma política antiobrero y represiva con el fin de salvaguardar los beneficios capitalistas, organizarse como clase proletaria, de manera independiente, en defensa exclusiva de sus propios intereses de clase, unificando a los proletarios de cada sector, de cada categoría y de cada credo religioso en una sola lucha anticapitalista, y por lo tanto antiburguesa. Para alcanzar este resultado, los proletarios deben hacer lo siguiente

La perspectiva para los jóvenes y para los no tan jóvenes proletarios irakíes, tanto como para los proletarios sirios, libaneses, egipcios, argelinos, jordanos, sudaneses y de todos los países... se bifurca inexorablemente: o luchar para llevar al poder a otros representantes de las potencias burguesas, quizás menos corruptos o corruptibles al principio, pero siempre representantes del capital dominante y prepararse para una vida de incertidumbre y miseria poniéndola en manos de sus enemigos de clase que la usarán para sus guerras o luchar por sí mismos, por su clase, por los intereses de la clase productora por excelencia y que, en la historia, representa el verdadero futuro de la sociedad: ¡la sociedad humana, no la sociedad burguesa!

Sobre el terreno de esta lucha, los proletarios, superando el desahogo de rabia, justificado pero inmediato, sacarán las experiencias que sirven para su emancipación, experiencias prácticas, políticas y sociales. Y es sobre esta base que surgirá la necesidad de ser representados políticamente como una clase en general, por encima de las diferencias étnicas, profesionales, de edad o de género; surgirá la necesidad de un partido que tenga un programa político completamente opuesto al de todos los partidos burgueses, un programa no nacional, sino internacional, en el que la lucha de clases proletaria afectará tanto a la sociedad actual como a romper por completo todo el aparato de dominación burguesa y capitalista, empezando por el Estado. Este partido sólo puede ser comunista, revolucionario e internacionalista y será más fuerte a medida que la lucha proletaria avance sobre el terreno de la clase; un partido que es consciente del hecho de que los proletarios luchan primero contra la burguesía de su propia casa, pero que esta lucha tiene futuro sólo si es parte de una lucha internacional porque la condición de obrero asalariado une a todos los proletarios de cualquier país, por lo que los intereses proletarios de la clase son intereses que van más allá de las fronteras de cualquier estado capitalista.

¡Contra cualquier solidaridad de objetivos e intereses entre proletarios y burgueses!

¡La represión burguesa se combate con la organización de clase!

¡La lucha proletaria debe tomar la vía de la independencia de clase!

¡No a la bandera nacional, sí a la bandera roja!

¡Por la reanudación de la lucha de clase!

¡Por la constitución del Partido Comunista Internacional!

31 de octubre de 2019

NOTAS:

(1) Cfr. www.ilpost.it/2019/10/05/irak-contri-proteste/

(2) Cfr. <https://nena-news.it/irak-la-repressione-non-ferma-i-giovani>. Ver también https://www.lemonde.fr/international/article/2019/10/28/sans-pays-pas-d-ecole-la-jeunesse-irakienne-rejoint-le-mouvement-de-contestation_6017200_3210.html

Cfr. www.ilpost.it/2019/10/25/sono-ri-cominciate-le-proteste-in-irak/

Gota fría en el Levante

LOS RÍOS Y LAS RAMBLAS SE DESBORDAN

PERO ES EL CAPITALISMO EL QUE ANEGA LA VIDA

El saldo de cinco días de gota fría en la zona de la Costa Mediterránea que va desde Málaga hasta Valencia es el siguiente: 6 muertos, varias ciudades y pueblos inundados, millones de euros en desperfectos materiales, el ejército (la Unidad Militar de Emergencias, pero también la legión y los llamados *boinas verdes*) desplegado por toda la zona afectada... Otra catástrofe que tiene poco de natural y mucho de consecuencia de la lógica infernal del capitalismo, que prima beneficio, rentabilidad económica y proyección a corto plazo frente a las necesidades humanas, tanto individuales como colectivas.

Los medios de comunicación, apoyados en informes exquisitamente científicos de meteorólogos y estudiosos del medio ambiente, no paran de afirmar que la tragedia ha venido exclusivamente del cielo, que este tipo de lluvias torrenciales sí, por un mal azar, no cesan en un par de días, se convierten en verdaderas trombas dada la orografía de la zona levantina... Y citan decenas de ejemplos de situaciones similares con las que intentan evidenciar que esta zona de España está condenada a la tragedia cada vez que la lluvia tiene a bien aparecer de

esta manera.

Pero lo cierto es que hay una distancia inmensa entre las lluvias torrenciales y las muertes y destrozos que hemos visto en los últimos días: estos son consecuencia inevitable de aquellas, son consecuencia de la mala planificación hidrográfica, de la construcción intensiva de todo el litoral mediterráneo, del abandono de las tareas de limpieza y mantenimiento de los cauces de los ríos y ramblas, de la absoluta ignorancia acerca de leyes naturales básicas... En pocas palabras, son consecuencia del desarrollo del modo de producción capitalista, de su dominio despótico sobre la naturaleza y los hombres.

Utilizando el mismo argumento que usan los medios de comunicación y las instituciones locales y nacionales, podemos echar la vista atrás para comprobar que riadas, trombas e inundaciones son algo que aparece regularmente en la zona del Levante. En Valencia, en 1951, más de ochenta personas mueren por el desbordamiento del río Turia; 1973, desbordamiento de la Rambla de Nogalte, en Murcia, 13 muertos; 1982, «pantana de Tous», mueren 40 personas en la Vega Baja; 1989, nuevo desbordamiento del Segura que arrasa las localidades próximas a su desembocadura; 2012, cinco muertos por inundaciones en la zona de Murcia y Almería... Se saca, de inmediato, una conclusión: todo el desarrollo productivo y tecnológico del que presume a diario la burguesía no es capaz de evitar las muertes en el Levante a causa de las lluvias torrenciales. Se puede decir que las inundaciones en el arco que va de Almería a Valencia se conocen desde que hay registros históricos y que el capitalismo y su clase dominante, la burguesía, únicamente ha heredado un problema que es imposible de resolver porque está en la propia naturaleza de la región levantina. Pero en este argumento, que es el que utilizan todos y cada uno de los defensores tanto del propio capitalismo como de su Estado como único garante de la seguridad de las poblaciones que están bajo su control, se olvida que las lluvias torrenciales y las riadas nunca han sido tan mortíferas como en los últimos doscientos años, precisamente desde que el desarrollo económico y social de la zona se corresponde con la implantación del modo de producción capitalista y, con ello, los problemas hidrográficos son afrontados con su lógica, mezcla de esfuerzos técnicos inviables y desinversión en todo aquello que no es inmediatamente rentable.

La gota fría, a la que en España se le da el nombre técnico de *DAMA* (Depresión Aislada en Niveles Altos), consiste en la presencia en zonas altas de la atmósfera de una masa de aire con temperatura y presión mucho más bajas de lo habitual. Esta masa, si tiene cerca de ella otra de iguales características, se asocia a ella y ambas comienzan un movimiento de rotación conjunto que, en el caso de la zona levantina, implica la entrada de aire extremadamente húmedo desde el Mediterráneo, aún caliente por el verano, a tierra firme. Una vez aquí, el aire húmedo se enfría y descarga en forma de lluvias torrenciales. Un fenómeno que se repite regularmente, dando lugar a lluvias intensas en los meses de septiembre y octubre en la zona de Valencia, Alicante y Murcia, y que en principio no debería ser catastrófico, como no lo es en otras regiones del mundo donde sucede también periódicamente.

Pero en la zona del Levante se da la circunstancia de que la peculiar orografía, caracterizada por la existencia de cursos de agua que permanecen secos habitualmente pero que se vuelven torrenciales cuando las precipitaciones aumentan, hace que las lluvias asociadas a la gota fría se canalicen por estas ramblas y atraviesen huertas y poblaciones con un gran nivel de agua, desbordándose continuamente. Estos desbordamientos tampoco deberían ser algo especialmente agresivo para el ser humano: la agricultura nace y se desarrolla en el creciente fértil mesopotámico, utilizando técnicas básicas de hidrografía para aprovechar los lodos que dejan los desbordamientos fluviales, algo similar a lo que sucedió en el Antiguo Egipto o en la zona del río Amarillo en China... El ser humano sabe convivir y sacar provecho de estos fenómenos naturales. Pero, de nuevo, a esta situación se suma un factor más: las vaguadas fluviales, es decir, aquellas zonas horadadas por el curso de los ríos y que constituyen su zona de crecimiento máximo, han sido pobladas y urbanizadas precisamente como consecuencia del aprovechamiento de los recursos fluviales desde épocas remotas. Es bajo el capitalismo, con el desarrollo urbano a partir del siglo XVIII, que en Valencia y en otras zonas al sur de la ciudad, que estas vaguadas fluviales son totalmente urbanizadas franqueándose los límites naturales que la propia tradición de la zona imponía. Y esto sucede en todas las poblaciones atravesadas por ramblas y ríos de curso intermitente, llegando a construirse incluso en los propios cauces de estos. Creado el problema, la burguesía se inventa la solución y comienza la construcción de diques que superan el nivel natural del río creando una especie de

el proletario
partido comunista internacional (el programa comunista)

**Cuarenta años
de valoración
orgánica de los
eventos de Rusia
en el dramático
desarrollo social
e histórico
internacional**

Octubre de 2017 **3**

el proletario
partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

**1. Partido y clase en la
doctrina marxista**

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

Marzo de 2017 **2**

barrera para evitar que los desbordamientos llegasen a las ciudades. La primera industria de la construcción saca beneficio de la resolución de un problema que ella misma había causado, iniciando una lógica terrible que todavía continúa hoy. Pero el paso de los ríos por cauces urbanos cada vez más encajonados entre construcciones, hace que todo lo que arrastran desde su nacimiento en las montañas se vaya depositando en estas zonas urbanas y el propio cauce se eleva de tal manera que los diques artificiales se vuelven inútiles o contraproducentes y el alcantarillado contribuye a las inundaciones de las zonas urbanas.

Si a esto se le suma la construcción de presas para crear pantanos que proporcionen reservas de agua a los grandes núcleos de población del Levante, el desvío artificial de ríos, etc. se ve cuál es la naturaleza de la «prevención» capitalista: buscar soluciones a muy corto plazo que incrementan el peligro potencial a largo plazo. Por eso, de acuerdo con los registros de las confederaciones hidrográficas del Levante registran menos riadas desde comienzos del siglo XX pero mucho más virulentas y letales. Las grandes ciudades construidas en cuencas fluviales, la urbanización de los propios cauces, la falta de limpieza, la utilización de las ramblas para las obras de las autopistas, la construcción de presas y diques que aumentan la presión hídrica y disparan el riesgo de riadas... No son fenómenos naturales, no tienen nada que ver con la gota fría... Pero tampoco son fenómenos «humanos» en abstracto: son fenómenos que caracterizan al modo de producción capitalista, un modo de producción basado en la apropiación privada de la riqueza social, en la explotación del trabajo asalariado, en la destrucción de la naturaleza...

La gota fría no desaparecerá jamás. Como no desaparecerán tantos y tantos fenómenos naturales y climatológicos con los que el ser humano ha debido vivir a lo largo de su historia y contra los que ha luchado para defender la vida de la especie. Lo que debe desaparecer es el capitalismo, que no sólo se ha demostrado incapaz de evitar los daños humanos que provocan estos fenómenos, pese a todo el desarrollo económico, productivo, tecnológico, etc. que ha traído, sino que los ha aumentado, incrementando continuamente los factores de riesgo, poniendo en peligro a las poblaciones que habitan estas regiones, permitiendo que se repitan periódicamente las «catástrofes». Y sólo la clase proletaria está en condiciones de enviar, de una vez por todas, al infierno a este sistema de la catástrofe.

Como escribimos ya en los años '50 del siglo pasado, al respecto de unas inundaciones que, también entonces, se llevaron por delante vidas y bienes ante la «estupefacción» de los burgueses y sus voceros:

«También el inmenso río de la historia humana tiene sus inundaciones irresistibles y amenazantes. Cuando la ola sube, se lanza contra los dos terraplenes que la constriñen: a la derecha la conformista, de preservación de las formas existentes y tradicionales; y a lo largo de ella salmodian en procesión sacerdotes, policías y gendarmes patrulleros, maestros parlanchines y narradores de mentiras oficiales y de escolástica de clase.

La orilla izquierda es la reformista, y los «populares», los artesanos del oportunismo, los parlamentarios y los organizadores progresistas se asimilan a ella; intercambiando insultos a través de la corriente, ambas procesiones pretenden tener la receta para que el poderoso río pueda continuar su camino forzado y encauzado.

Pero en los grandes giros la corriente rompe todos los frenos, sale de su lecho y «salta», como saltó el Incluso el inmenso río de la historia humana tiene sus inundaciones irresistibles y amenazantes. Cuando la ola sube, baja contra los dos terraplenes que la fuerzan: a la derecha la conformista, de preservación de las formas existentes y tradicionales; y a lo largo de ella saludan en procesión a sacerdotes, policías y gendarmes patrulleros, maestros parlanchines y narradores de mentiras oficiales y de escolástica de clase.

La orilla izquierda es la reformista, y los «populares», los artesanos del oportunismo, los parlamentarios y los organizadores progresistas se asimilan a ella; intercambiando insultos a través de la corriente, ambas procesiones pretenden tener la receta para que el poderoso río pueda continuar su camino forzado y encauzado.

Pero en los grandes giros la corriente rompe todos los frenos, sale de su lecho y «salta», como saltó el Po a Guastalla y el Volcán, en una dirección inesperada, abrumando a las dos sórdidas bandas en la imparable ola de la revolución subversiva de cada antigua forma de terraplén, dando forma a la sociedad como a la tierra una nueva cara.»

15 de septiembre de 2019

(1) Se refiere a las inundaciones del Polesine en 1951. En ellas buena parte del territorio de Rovigo y Venecia, en el Este de Italia, quedaron anegadas. Aproximadamente cien personas murieron en estas inundaciones.

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza : La dirección está siendo modificada. Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, 11, barrio de Pajarillos, Valladolid).

**¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido!
¡Suscríbanse!**

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 •; £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 •; £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 4 •; £ 3; 8FS;

América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 •; £ 2; 8FS;

América Latina:US\$ 1,5; USA-CdnUS\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 •; 3CHF; 1,5£;

América del Norte: US \$ 2; América

Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «le prolétaire»

Precio del ejemplar: 1 •, £ 1, 3 CHF.

OTRA VEZ: UN TRABAJADOR MUERTO

EN LA FACTORÍA DE LINGOTES ESPECIALES (Valladolid)

Lunes 5 de agosto, un obrero de Nava de la Asunción (Segovia) de 36 años de edad muere de un golpe en la fábrica de Lingotes Especiales en Valladolid, el golpe en la cabeza se produjo al tener que bajar de la carretilla en la que trabajaba mareado e indispuerto por el tremendo calor que hacía dentro de la fábrica¹ El trabajador, de 36 años, sano y joven acababa de reincorporarse al trabajo después de unas vacaciones y llevaba poco más de 6 meses en la fábrica. Evidentemente, el calor de los hornos de la fábrica y las enormes temperaturas que sufren los trabajadores en dicha factoría es la causa del mareo, golpe de calor que a su vez es la causa material inmediata del golpe posterior que le ha provocado la muerte. Evidentemente, decimos, y eso a pesar de todos los que intentan relativizar y edulcorar la realidad con palabras: «el estrés térmico producido por el calor «pudo ser» la causa del accidente» (representante del sindicato antiobrero CCOO), «la víctima podría haber sufrido un golpe de calor» (La Razón, vocero de la burguesía más reaccionaria)...

Lingotes Especiales S.A. se vende como una empresa con «instalaciones modernas con los más avanzados sistemas de producción»², una Empresa dedicada al suministro de piezas de hierro, no solo piezas de fundición, sino también diseño de piezas, suministro de subconjuntos montados, fabricación de prototipos, mecanizado y pintado de piezas. La factoría cabecera del Grupo se dedica a la fundición de hierro y fue fundada el 20 de julio de 1968. Uno de los hitos más importantes en la historia de Lingotes Especiales fue su salida a Bolsa el 30 de marzo de 1989, pasando al Mercado Continuo en el año 2006, formando parte desde entonces, en las Bolsas de Madrid y Barcelona del índice «IBEX SMALL CAP». Los beneficios reales de la empresa han sido enormes en sus primeros años de salida a bolsa, desde entonces -como en la mayor parte de la industria española- los beneficios se han ido reduciendo... aún así, Lingotes Especiales, con sus filiales Frenos y Conjuntos, la filial de fundición de aluminio o su factoría en la India, son uno de los grupos punteros del capitalismo español.

Todo este conglomerado empresarial se origina en Valladolid en los años 60, de la mano del empresario Vicente Garrido Capa, actualmente propietario de una pequeña parte de la empresa y presidente de la misma. La empresa, lejos de la imagen de empresa familiar que cultiva desde hace años, es hoy por hoy propiedad de diversos accionistas, desde UniCaja (antes Caja España) a grupos empresariales y de inversión.

Los problemas de seguridad y salud laboral en esta factoría han sido múltiples, desde su relación directa o

indirecta con la contaminación por polvo negro que se ha producido en el norte de Valladolid durante estos años pasados, hasta el aumento de los casos de cáncer en la zona de la carretera de Fuen-saldaña donde se ubica la factoría, pasando por los diversos accidentes habidos en los últimos años por los que el técnico de prevención de riesgos laborales de la empresa fue condenado a año y medio de cárcel³. En aquella ocasión, un empleado perdió una pierna, en otro accidente posterior el techo de la nave central, donde se ubica el horno, saltó por los aires varios metros debido a la fuerza de la explosión provocada.

Todos los medios de comunicación y todos los sindicatos se llevan las manos a la cabeza respecto a lo sucedido y dicen que se está bajando la guardia en el tema de la «seguridad laboral», que está habiendo un repunte de accidentes laborales que han aumentado en lo que va de año un 10'3 %... pero no hacen nada ni nada van a hacer.

El sindicato CCOO mayoritario en el comité de empresa de Lingotes ha convocado para hoy (8 de agosto) una concentración en la factoría a la que han acudido los 80 trabajadores que en estos momentos estaban trabajando (en agosto el ritmo de la fábrica está bajo mínimos). Esta concentración... ¿se ha realizado dentro de la factoría porque la empresa ha prohibido hacerla en las puertas! Así que todo va como tiene que ir: sindicatos y empresa de la mano, posando para la foto de la prensa y con un discurso común... Esta es la realidad para los trabajadores de Lingotes incluso ahora que ha muerto un compañero.

El colaboracionismo sindical sabe perfectamente que estas condiciones de trabajo no pueden más que llevarnos de incidente en incidente hasta el incidente mortal, la invalidez permanente, la enfermedad incurable y el deterioro en silencio. Sus denuncias de la seguridad laboral son impotentes cantos de sirena que pretenden embaucar a los trabajadores, mantenerlos tranquilos en sus puestos de trabajo, que ya ellos se encargan «de denunciar la situación».

Pero la fuerza del oportunismo político y sindical no reside exclusivamente en su capacidad de maniobrar para traicionar a los trabajadores que emprenden una lucha, sino en la fortísima inercia social que lleva a estos mismos trabajadores a no ser capaces de romper con los límites de la negociación legal y del aislamiento en el puesto de trabajo.

¡PROLETARIOS!

Los «accidentes» en el trabajo son parte de la guerra permanente que la burguesía lleva a cabo contra el proletariado. El terrorismo patronal es la

constante que domina el medio de trabajo: el miedo al despido es terrorismo patronal, los castigos y la represión sindical y laboral son terrorismo patronal, los accidentes en el trabajo son terrorismo patronal... y qué decir de la propaganda y apología de este terrorismo por parte de todos los voceros del capitalismo local y de sus servidores: no se nos olvida cómo el buen ciudadano Garrido Capa ha sido elegido años ha para dar el pregón de su ciudad «por su enorme contribución a la economía local».

Para que la lucha contra los accidentes en el trabajo y contra todas las nocividades derivadas del trabajo mismo pueda tener éxito, es imprescindible que los trabajadores se organicen por objetivos e intereses propios de los trabajadores, contra todos los organismos burgueses y colaboracionistas, es imprescindible que la lucha se lleve a cabo con medios y métodos de clase y que enfrente al mismo tiempo a los capitalistas y a las organizaciones oportunistas que blanquean la explotación.

Los «accidentes» laborales no los parará la empresa ni los sindicatos. Las muertes en el trabajo no se van a acabar por arte de magia... Son los propios trabajadores los que deben imponer las condiciones de seguridad en el trabajo, los que deben obligar con su lucha a que la empresa ceda en materia de prevención, los que deben dar la batalla continuamente para lograr que estos objetivos, que son mínimos pero que afectan a la propia vida de los obreros, se consigan.

-La lucha contra las desgracias y las muertes en el trabajo es parte de la lucha por la reducción de los ritmos de trabajo, de la intensidad del trabajo, de la jornada laboral y por el aumento de las pausas en todas las secciones de la fábrica, especialmente en aquellas en que se trabaja con un riesgo mayor.

- La organización de esta lucha debe basarse sobre plataformas reivindicativas que se refieran únicamente a las condiciones de trabajo y de vida de los obreros, fuera y contra los intereses de la competitividad empresarial, fuera y contra el colaboracionismo sindical que genera las desgracias y las muertes en el trabajo.

- ¡Contra el capital asesino, lucha de clase!

- ¡Solo la lucha organizada de los proletarios pondrá fin a la sangría de vidas obreras!

- ¡Por la lucha intransigente de la clase proletaria!

**¡ SOSTENED Y DIFUNDID
LA PRENSA
DEL PARTIDO !**

**Visita el sitio del Partido
www.pcint.org**